

PORTE PAGO

Acción Obrera

ÓRGANO OFICIAL DEL SINDICATO O. DE LA INDUSTRIA DEL MUEBLE
(CONSTITUÍDO POR LOS EX SINDICATOS DE EBANISTAS, TAPICEROS, ESCULTORES, DORADORES Y TORNEROS)
ADHERIDO A LA UNIÓN SINDICAL ARGENTINA Y A LA UNIÓN OBRERA LOCAL DE BUENOS AIRES

Redacción: RIOJA 835 — BUENOS AIRES, OCTUBRE Y NOVIEMBRE DE 1925 — Año II. — Núm. 18

LA RESPONSABILIDAD PATRONAL EN LOS ACCIDENTES DEL TRABAJO

El gremio está convencido de la responsabilidad patronal por los accidentes del trabajo. La convicción proviene del hecho de que el accidentado percibe íntegramente su salario desde el instante en que se produce el accidente hasta el fin de la «incapacidad temporal», término que indica el tiempo necesario a la curación de las lesiones producidas por el accidente.

La ley de accidentes determina para esos casos medio jornal, siempre que la curación exija más de seis días, pues en un límite de tiempo inferior al indicado no reconoce al trabajador ningún derecho a indemnización.

Con respecto a lo que la ley determina no cabe duda que nuestro Sindicato logró una verdadera conquista. Sin embargo, nos parece impropio hablar de la «responsabilidad patronal» en el sentido que suele hacerse, mientras ella no sea un hecho frente a los casos de *incapacidad parcial permanente* que a veces se deriva de los accidentes.

En ningún pliego de condiciones hemos contemplado esta situación. Siempre nos hemos inspirado en el erróneo concepto de que el accidente se señala como el principio de una enfermedad contraída en el trabajo, que no tiene más consecuencias que las de una cura más o menos larga, pero que de ningún modo afecta la capacidad de trabajo del accidentado.

No obstante ocurrir eso en muchos casos —afortunadamente los más—también es cierto que se producen accidentes que determinan incapacidad parcial permanente, debido a la amputación de algún miembro o a su inutilidad para la función que le es propia.

¿Qué responsabilidad tienen los patrones en estos casos?

Ninguna. Ningún pliego de condiciones la menciona. De lo que resulta que la responsabilidad patronal ante el Sindicato termina con la cicatrización de las heridas, por ejemplo, y no se tiene en cuenta que bien se puede tratar de la cicatrización de la raíz de algún miembro que fué menester amputar, lo que crea al accidentado una situación excepcional de evidente perjuicio.

No es muy grato comprobar que los legisladores, gente extraña a nuestra clase, fueron al respecto más previsores que nosotros mismos, pues al dictar la ley de accidentes tuvieron en cuenta los casos de incapacidad parcial permanente, para los que establecieron una indemnización que varía con el grado de la incapacidad. Claro está que quienes justipreciaron la vida de un obrero en mil jornales—en ningún caso debe exceder el jornal de seis pesos y a más cien pesos para el entierro—lo que es ya un tributo a la muerte—y responsabilizaron al patrón por la incapacidad total y permanente de un obrero en la misma suma, no podían conceder mayor importancia a los casos de incapacidad parcial, asignándoles a los damnificados indemnizaciones equivalentes a las pérdidas motivadas por la incapacidad. Las indemnizaciones por este concepto son exiguas, tanto, que si una cura es prolongada, al restar de aquéllas el total de los jornales, o son totalmente insumidas o el excedente que se entrega al obrero constituye más bien una afrenta que una compensación por los perjuicios derivados de su incapacidad.

En rigor, el patrón no es responsable de las consecuencias de los accidentes ni ante el Sindicato ni ante la ley, y menos ante aquél que ante ésta, pues ya hemos visto que la organización sindical no prevée más resultados del accidente que los de la asistencia médica. Después de esto tanto da que el trabajador quede o no inútil para el trabajo, como que encuentre la muerte en el accidente.

Al admitir que un trabajador en asistencia médica, temporalmente incapacitado para el trabajo, tiene derecho a la percepción de su jornal íntegro mientras dure esa incapacidad, debe admitirse por generalización que ese mismo derecho para los casos en que se comprueba incapacidad una vez terminada la intervención médica. Ese derecho debe tener para los dos casos un solo fundamento: el de subvenir a las necesidades del obrero que se invalidó en el trabajo, en la medida por él obtenida con la aplicación de su plena capacidad.

Sólo una imprevisión inexplicable pudo mantener hasta ahora una situación tan anómala e injusta como la señalada.

Cuando menos, debiera ampliarse la cláusula del pliego que se refiere a los accidentes, de manera que los patrones—cuando se trata de lesiones que originan incapacidad parcial permanente a consecuencia de la pérdida de algún miembro, o de su invalidez—al dar cumplimiento al pago del jornal íntegro, no lo hiciesen a expensas de la indemnización que acuerda la ley. Lo que se lograría determinando que el pago del jornal es una obligación aparte de la responsabilidad que la ley establece; o en otros términos: que las sumas que la ley estipula en concepto de indemnizaciones por incapacidad no deben ser mermadas en ningún caso.

La reforma no satisfaría plenamente, pues como antes hemos dicho, en el concepto de los legisladores el proletariado es mercadería envilecida y como tal se cotiza a bajo precio; pero será el primer paso hacia formas superiores de compensación a los inválidos del trabajo, actualmente postergados por nuestra propia culpa.

Las estampillas de solidaridad

Ponemos en conocimiento de los compañeros y especialmente de los delegados, que la C. A. ha resuelto que al hacer entrega a los asociados del nuevo carnet, se les anotará en él todas las cuotas que adeuden de solidaridad (jubilaciones y marítimos) que son las que corresponden desde que está constituído nuestro sindicato con el nombre de S. O. de la I. del Mueble.

Por lo tanto es conveniente que quienes no hayan pagado y no quieran verse con el nuevo carnet marcado, deben abonarlas antes de recibir dicho carnet.

Es necesario que los delegados adviertan de esta resolución a los personales, invitando a quien las adeude, a que pase por secretaría a abonarlas.

Esperamos que nadie dejará de cumplir con su deber.

EL PREFECTO GENERAL DE PUERTOS AL SERVICIO DE LOS NAVIEROS

La situación de los obreros marítimos, en lo que respecta a su organización sindical, es en la actualidad sumamente violenta.

A la diminución de poder sindical, como consecuencia del fracaso de la última huelga, han seguido las medidas abusivas adoptadas por las empresas navieras en detrimento del personal subalterno, y, secundando estos propósitos, la obra nefasta del prefecto general de puertos, convertido en un sirviente de los armadores.

Derechos consignados pomposamente en la Constitución y de los cuales gozan—con ciertas limitaciones en determinadas circunstancias—los trabajadores, son actualmente letra muerta para los obreros marítimos. A ellos se les niegan los derechos de reunión, propaganda, asociación, etcétera.

El prefecto general de puertos, contraalmirante Hermelo, entiénde que, de existir una organización de obreros marítimos, ella debe formarse de acuerdo a sus deseos y seguir fielmente el derrotero que le fijen sus caprichos, conveniencias, o sus maquiavélicas inspiraciones. Dotado como lo está de una mentalidad cerril, de un espíritu selvático, en el cual predomina cierta primitividad robusta, sólo confía en los procedimientos de fuerza para la consecución de sus inconfesables designios. La añoranza de las tolderías pone en su alma cierto sedimento de amargura y aflicción, mientras que su mente acaricia, con singular deleitación, la posibilidad de un cacicazgo sin límite ni contralor, al frente de la gente de mar. Hermelo cree que los marítimos forman algo así como una pequeña tribu, a la cual es menester los buenos oficios de un cacique para que ella pueda desenvolverse provechosa y normalmente. Este cargo representativo se halla perfectamente a tono con los atributos que caracterizan la personalidad del cosaco del prefecto general de puertos, y en tales méritos funda sus aspiraciones el contralmirante Hermelo.

Aparte de estas razones que influyen grandemente en la conducta del prefecto, hay otra, no la menos importante, por cierto, que constituye la piedra angular de su obsecuencia para con los armadores. Hermelo es bruto, pero astuto y aprovechado. Él sabe perfectamente cuántas intentonas realizaron los armadores con el solo propósito de destruir la F. O. M. No ignora tampoco que la organización de los marítimos se encuentra actualmente decaída, y que los armadores desean vivamente impedir su resurgimiento, para lo cual la ayuda de la Prefectura Marítima les es sumamente valiosa, y Hermelo saca buen provecho de esta situación.

Tenemos un prefecto general de puertos que, aunque bien remunerado por la Nación, para beneficio de la misma, está exclusivamente a las órdenes de las empresas navieras.

Sin embargo, por grandes que sean las restricciones que los poderosos opongan al libre juego de las actividades sindicales; por eficientes que parezcan las medidas punitivas y las trabas con que se pretende anular la acción altamente civilizadora de las organizaciones obreras, la clase dominante no podrá nunca conseguir la anulación del objeto de sus odios. Podrá dificultar la acción sindical; es posible que las medidas restrictivas creen transitoriamente un estado de anormalidad y decadencia en el movimiento obrero; pero estas situaciones no tienen, no pueden tener un carácter permanente, porque las causas que determinan la existencia de los organismos obreros son lo suficientemente poderosas para obligar a los trabajadores a velar por sus intereses sin reparar en inconvenientes.

Recordemos sino los albores del movimiento obrero, aquellos tiempos heroicos en que la propaganda sindical debía realizarse casi clandestinamente, en que la huelga se consideraba poco menos que un delito y la vida de los militantes estaba constantemente en peligro. Ante aquella situación tan odiosamente tiránica, tropezando con innúmeras dificultades y en un medio cerradamente hostil, las organizaciones obreras siguieron invariablemente su curso hasta lograr la anulación de la mayor parte de aquellas medidas represivas.

Ya hoy no es menester adoptar rigurosas medidas precaucionales para realizar la propaganda sindical; la huelga no se considera un delito y los Poderes Públicos reconocen a los trabajadores el derecho de asociación, aun cuando de vez en vez surge algún hotentote de la talla de Hermelo, que se siente con aliento para restaurar las prácticas primitivas de restricciones.

Todo ello son conquistas legítimas de las organizaciones obreras, que han costado cruentos sacrificios y no pocas vidas de trabajadores y que se han logrado contra la voluntad y las aspiraciones de la clase dominante.

Ello demuestra la inutilidad de las medidas represivas para con el movimiento obrero, aun cuando esta verdad pase inadvertida para ciertas mentalidades tan precarias como la del prefecto general de puertos.

El movimiento obrero es invencible, porque la explotación capitalista atenta seriamente contra los intereses de los trabajadores, y de esa situación dimanan para estos últimos una serie incontable de penalidades que sólo pueden ser contrarrestadas mediante la acción sindical.

He aquí el por qué de la indestructibilidad de la organización. Ella atravesará períodos difíciles; se verá seriamente resentida en su poder; puede, en determinados momentos, creerse que ha quedado definitivamente anulada: pero todo ello es transitorio y, en corto o largo plazo, vuelve a resurgir con renovados bríos y siempre ensanchando, cada vez más, la brecha abierta en el muro de la fortaleza del capitalismo.

La F. O. M. resurgirá, mal que le pese al prefecto general de puertos. El capitalismo naviero, aprovechando el estado de decadencia de la F. O. M. y la apatía de que se sienten poseídos los obreros marí-

timos como consecuencia de los sinsabores de la derrota, ha introducido a bordo un régimen semiinquisitorial. El poder absolutista de los armadores ha hollado gran parte de las conquistas que había logrado la F. O. M., pero de las cuales los marítimos conservan aún muy gratos recuerdos.

Ellos han palpado los beneficios de la organización; saben cuán grato es trabajar estando la voluntad y el egoísmo patronal limitados y las condiciones de trabajo contraloreadas por el Sindicato; han gozado de cierta libertad, cuya pérdida no podrán menos que recordar con cierta mezcla de sentimiento y amargura.

Se resignarán por un tiempo a soportar la situación deprimente que les han creado sus ensoberbecidos patrones, pero en el fondo de sus almas llevarán, cuidadosamente abrigada, la simiente de la organización.

Así como la semilla espera sólo las caricias de la lluvia bienhechora para romper con su brote la capa terrestre que la aprisiona, la simiente de la organización en los marítimos brotará por la influencia misma de los hechos. Esos hechos se encargará de producirlos el capitalismo naviero, extremando sus abusos, y para entonces veremos cuál ha sido la virtualidad de los recursos restrictivos de Hermelo, en su afán de bien servir a quien mejor le paga.

Comisión de propaganda y agitación

Cumpliendo con la misión para la cual fuera constituída, esta comisión ha ido organizando conferencias por distintos barrios.

El propósito que ha determinado a la C. A. a constituir esta comisión de propaganda y agitación, no ha sido otro que el de emprender una activa campaña de preparación, a objeto de que cuando las circunstancias lo permitan lanzarnos a la lucha en procura de algunas mejoras de suma importancia para nuestro gremio.

Entre las mejoras que es necesario arrancarles a los capitalistas, está incluído un aumento de nuestros salarios, los cuales ya no alcanzan a cubrir las necesidades más apremiantes de nuestro hogar. Continuamos ganando el mismo salario de hace varios años atrás, más bien con tendencia a rebajar y esto no es posible, ya que los artículos de primera necesidad en vez de rebajar de precio han aumentado.

Además, es necesario aumentar el jornal mínimo, pues éste sigue siendo, con pequeñas variantes, el mismo de hace cinco años atrás.

Por otra parte, se hace imprescindible que de una buena vez, obliguemos a los patrones a surtir de todas las herramientas a los obreros, y vernos libres de una vez por todas de ese trastorno que nos ocasiona el tener, cada vez que cambiamos de taller, que llevarnos las herramientas a cuesta. No hay que olvidar que ya en muchos talleres se ha logrado imponer esta mejora y que por ello mismo es preciso continuar batallando hasta hacerla general.

Sobre la ley de accidentes del trabajo, a pesar de que los patrones tienen que pagarnos el jornal íntegro desde el primer día de ocurrido el accidente, es necesario que nos preocupemos para que cuando el accidente corresponda a la invalidez de algún miembro de nuestro cuerpo, éste sea indemnizado como corresponda y no como se hace en el presente, en que se descuentan los jornales abonados.

Pero para hacer efectivas todas estas mejoras y que nuestro anhelo de mejoramiento sea materializado, es necesario cooperar a los propósitos de la comisión de propaganda y agitación, concurriendo a los actos que ésta realiza, así como también hacer la mayor propaganda posible para que nadie falte a ellos.

Sólo así, preocupándonos todos en esta campaña de agitación lograremos estar preparados para cuando el momento nos sea propicio, y obtener éstas y otras mejoras para nuestra condición de productores asalariados.

El socialismo obrero tiene a su favor el seguro instinto de la multitud proletaria.

Ellas intuyen, con su buen sentido, que la victoria vendrá solamente de ellas mismas; comprenden que el mundo capitalista podrá derrumbarse bajo su asalto, cuando ellas hayan adquirido la fuerza para destruirlo y la capacidad para substituirlo.

Y por esto los trabajadores permanecen fieles al sindicalismo revolucionario, cuya palabra de orden es: «esfuerzo personal y acción práctica».

HUBERT LAGARDELLE.

FABRICAR PATRIOTAS ES LA MISION DEL MAESTRO DE ESCUELA

La burguesía teme la guerra de clases, no sólo porque ésta daña sus intereses, sino porque ilustra a los trabajadores, capacitándolos y transformándolos por completo

La condición social de cada individuo determina su modo de pensar, sentir y obrar. Y esta verdad se comprueba una y mil veces, a despecho de los idealistas empedernidos. En la vida diaria se tiene ocasión de comprobarlo. De un modo general, esto es de una exactitud, diríamos, casi matemática.

He tenido ocasión de conocer una conferencia dada por un maestro de escuela, la cual viene a confirmar la opinión, muy arraigada en mí, de que el individuo piensa, siente y obra de acuerdo con su condición social.

Dicha conferencia, en síntesis, decía: En este país, no hay carácter nacional; lo comprueban las manifestaciones de las masas tumultuosas y sediciosas de los centros más densos de la población. Ello se debe a la falta de educación, de instrucción y de moral, lo cual implica la carencia de patriotismo. Se trata de una enfermedad que convierte a los individuos en seres sin sentimientos generosos, en idiotas que se lanzan a las más descabelladas manifestaciones tumultuosas, violentas; que ultrajan la soberanía popular y nacional; que pisotean las leyes, costumbres e ideales justos; que desconocen al gobierno y alteran el orden. Es una enfermedad que hace arraigar y desarrollar en el seno de las masas obreras la idea «estúpida» de huelga general. Se pierde el respeto al semejante y se codicia la posición social que ocupa, el privilegio de que goza. Se inferioriza la cultura nacional frente a las demás naciones, se resiente la disciplina social y el mecanismo del Estado. Los individuos no poseen carácter individual ni nacional; el anarquismo progresa con perjuicio evidente del patriotismo, de la sana moral y del orden.

Los remedios para curar ese mal existen. Están en manos del gobierno y de los maestros de escuela. Estos últimos son quienes están en condiciones de aplicarlos con mayor eficacia. Es cuestión de que ambos elementos pongan manos a la obra para salvar a la patria de los horrores del anarquismo. El gobierno fiscalizando las tribunas libertarias y los sindicatos, no debe tolerar la divulgación de doctrinas falsas. Los revolucionarios tienen palabra fácil y seductora; impresionan a las masas porque son ignorante, incultas y ciegas. El gobierno obrando así, combate una parte del mal, se opone a la acción de los adultos. Los maestros son los más fundamentales colaboradores de la obra de saneamiento a emprenderse. Ellos tienen en sus manos al futuro obrero y pueden impedir que se desvíe del buen camino del patriotismo. Están armados de «historia patria, de «instrucción cívica» y de «moral». De allí sacan enseñanzas para educar e instruir al niño, impidiendo que se contamine de anarquismo. El tierno es tierno, pueden moldearlo.

Es cuestión de habilidad; saber exponer los hechos de la historia patria y emocionar a los niños, emocionándose ellos mismos o simulándolo. El alma de los niños, es ingenua, crédula, abierta a todas las leyendas hazañosas de los «próceres de la independencia». Es cuestión de saber operar. Se trata de una operación de multiplicación en la cual el multiplicando son los niños, el multiplicador es el maestro y el resultado será el pueblo. Bien hecha la operación resultará un pueblo bueno, lleno de santo ardor patriótico. El gobierno es el verificador y corrector de la operación.

En esta síntesis está claramente indicada por auto de confesión la función del maestro en la escuela del Estado, y reflejada su particular psicología. Es un asalariado del Estado a quien está encomendada la tarea de formar súbditos, ciudadanos patriotas, respetuosos de las instituciones y de las leyes, dispuesto a servir al Estado.

Si tienen lugar manifestaciones obreras violentas o no violentas, que se salgan de las vías comunes de la petición y del trámite, ya las califica de sediciosas y debidas a la carencia de cultura, instrucción y patriotismo. La instrucción cívica, que ha forjado el interés de la clase dominante y que ha puesto en sus manos para que la enseñen a los niños, le dice que nadie puede ni debe salirse de las vías legales para obtener lo que desea, o manifestar una aspiración. El no hacerlo así es antipatriotismo.

Las agitaciones obreras de los «centros más densos de la población» se deben al anarquismo y a la carencia de patriotismo. El sitio en que se realizan esas agitaciones, el desarrollo industrial, la vida y el trabajo de los obreros, nada de eso llega a ilustrar a esa gente sobre los movimientos obreros.

A través del maestro aparece el burgués haciendo pedagogía social.

Si las masas fueran cultas y educadas, no serían tumultuosas, respetarían el orden y no incomodarían el funcionamiento del sistema republicano.

Es toda una moral pacifista que tiende a hacer de un niño proletario, futuro obrero de mañana, un ser resignado, prudente y que acepta como fatal la condición social que le ha tocado en suerte. La burguesía teme la guerra de clases, no sólo porque esta daña sus intereses, sino porque ilustra a los trabajadores, capacitándolos y transformándolos por completo.

En este país aun queda un refugio para la lógica de los defensores del capitalismo. Dado el carácter de este pueblo, que recibe y necesita muchos elementos extranjeros para el desarrollo de sus industrias, es cómodo ver en las agitaciones obreras una falta de amor hacia el país.

Sin embargo, hay muchos extranjeros que se preocupan del país, de sus leyes, costumbres e intereses. Estos son los extranjeros para quienes la patria está en todos los países adonde ellos vayan y puedan hacer fructificar sus capitales. Esos extranjeros son los accionistas de empresas ferroviarias y compañías de navegación, los interesados en la explotación de campos y minas, los negociantes chicos y grandes, los dueños de fábricas y talleres. Para éstos, respetar el orden y la soberanía nacionales, es propender al engrandecimiento del país, es una necesidad pues que de ellos les resulta un beneficio para sus cajas fuertes.

Hay otros extranjeros que no tienen interés, ni aquí ni en ninguna parte, en preocuparse de ideales patrióticos, de instituciones sociales, ni del orden, por cuanto igualmente viven mal y miserables, preocupándose y no preocupándose, aquí y en cualquier país. Para ellos la mayor de las preocupaciones es la elevación de sus condiciones de vida y la emancipación del yugo capitalista. Aquí han encontrado el mismo sistema de explotación de que eran víctimas en los países donde nacieron, y aun cuando un trapo con distintos colores cubra el mecanismo del trabajo, lo han descubierto en todo su inhumano rigor, lo combaten y se aprestan para aplastarlo. Esos son extranjeros, pero son ante todo obreros, carne de explotación, brazos que alimentan el engrandecimiento de la patria para mayor gloria de la caja fuerte de los explotadores, patriotas y extranjeros de este país.

Sin embargo, ya numerosos nativos de este país forman en esas masas tumultuosas. Ellos también se sublevan contra el orden establecido por la burguesía. Son los mismos que no hace mucho aún eran los niños que escuchaban con recogimiento la lección de historia patria, los preceptos de moral y los deberes del buen ciudadano y del buen patriota. La obra del maestro fué sacudida por la vida del trabajo. Los niños patriotas se han convertido en obreros de los campos y de los talleres, han comenzado a sentir más directamente la explotación capitalista, las angustias de la vida del trabajo y han comenzado a sublevarse, dejando así maltrecha la moral cívica y patriótica que hacía de ellos un rebaño quieto y paciente.

El maestro comprende que aun hace falta una mayor dosis de moral patriótica y cívica, una cultura que afirme en los niños proletarios con más fuerza una mentalidad de esclavos del deber. Respeto y admiración al rico. Jamás el estímulo a analizar la vida, sino el estímulo a imitar, a alcanzar el puesto privilegiado de que goza el dueño de la tierra o de la fábrica.

Los libros de moral, las lecturas y acciones de «historia patria», de «instrucción cívica» están encaminadas a ese fin social. No se concibe que suceda de otra manera. El maestro es una de las ruedas de la máquina del Estado. Su misión le está determinada por su patrón, que en ningún momento y de ninguna manera dejaría de exigir el cumplimiento de la misión para que lo ha creado. Invocando el nombre de la patria, que para el maestro es la madre que lo alimenta, hace de cada niño proletario un activo patriota. Le somete a una sugestión continua por medio de su palabra, de espectáculos, himnos y cuadros guerreros, le infunde el concepto de que la patria es un patrimonio que todos los nacidos en el país tienen el deber de defender aun cuando el maestro sepa perfectamente que las tres cuartas partes de los niños que concurran a oirle, son hijos de otros tantos trabajadores que en la patria no tienen la más mínima parte de ese patrimonio, y que pasan su vida llena de miserias, sufriendo la explotación de los patriotas dueños de las tierras y de los demás instrumentos de trabajo.

Con una pretendida moral cívica, el maestro sugestiona al niño proletario, acumulando en su cerebro un concepción social en oposición con su interés y convicción social de futuro obrero. Le inculca el respeto al rico y a su propiedad, presentando al primero como un ejemplo de actividad y constancia en la vida del trabajo y a la segunda como el fruto de esa misma actividad y el resultado del ahorro, aun cuando el maestro vea en realidad que quien trabaja con verdadera constancia y ahinco no es el rico, el dueño de talleres, campos y negocios, sino el padre del niño proletario, de ese niño a quien está sugestionando con una falsa enseñanza moral que lo ha de hacer un esclavo dócil a la explotación cuando deje la escuela para ir al taller.

Esa es la misión del maestro de la escuela del Estado. Tiene una psicología adecuada para este fin. Refleja profundo odio por la violencia, aun cuando en el transcurso de la enseñanza de la historia patria enaltezca a cada paso la violencia empleada bajo toda forma por los «próceres» y no próceres de la independencia. Su odio no se hace extensivo a todo acto violento provenga de donde provenga, puesto que aplaude y estimula la acción «enérgica» del gobierno para impedir la divulgación de doctrinas revolucionarias.

Su odio a la violencia nace, tiene su raíz, en su manera de ser. Vive del servicio que le prestan. Está sometido a las más diversas jerarquías y a la más estricta disciplina. Sus deseos y necesidades los manifiesta por medio de rogativas y peticiones, interponiendo su influencia política usando de la de personajes de gobierno o de caudillos electorales. Dentro de la legalidad desenvuelve su actividad como individuo que necesita obtener puestos, ascensos, satisfacciones, mayor sueldo. Su pan lo debe al Estado. No está formado para la violencia sino para la petición. No es capaz de luchar y su alma no se forja, en el combate social, sino en la tamósfera sofocante del ambiente escolástico, de la disciplina estatal, infecunda, incapaz de crear a hombres de carácter, audaces y fuertes. Y claro está que infiltren a los niños una moral burguesa, chata, buena sólo para hacer de ellos un rebaño de sumisos ciudadanos, de fríos calculistas, empeñados en llegar individualmente a los puestos y posiciones más elevadas.

El maestro, en quien se veía un elemento ajeno a las contiendas sociales, un elemento propulsor de civilización, encargado, por no sabemos qué providencia social, para quitar la maleza de los cerebros infantiles, resulta, ante la acción revolucionaria de los obreros, despojado de las virtudes con que nos lo han presentado para aparecer en su verdadera y real función de instrumento del Estado, es decir, dedicado a fabricar los futuros patriotas, los súbditos de la clase capitalista que en los talleres y campos llevarán, como venda que les oculta la realidad, el concepto de la patria y el respeto a un orden social que los mantiene en la miseria y en la desesperación.

OSCAR PETRARCA

Los nuevos carnets

La C. A., visto que algunos compañeros se extrañaron de que los nuevos carnets se cobraran, ha resuelto explicar a los asociados las causas que la han determinado para proceder en esa forma, y estamos seguros que una vez impuestos de ellas, han de quedar los camaradas satisfechos, ya que comprenderán que la organización no ha querido lucrar a costa de los nuevos carnets.

Motivó la resolución de la C. A. de cobrar los carnets, la situación económica por que atraviesa nuestra organización en estos momentos, y que no debe ser desconocida por el gremio, ya que hechos producidos en estos últimos tiempos, como ser la huelga de Ponti, que duró cerca de cinco meses y por la cual la organización hizo frente a un sinnúmero de gastos, así también como otras huelgas que sin tener la importancia de la mencionada, demandaron muchos gastos.

Por otra parte, la organización está empeñada en una campaña de propaganda y agitación, la cual le ocasiona también muchos gastos.

Deben tener presente los compañeros que la organización no cobra por los carnets más precio de lo que a ella le cuestan; no obstante esto, tendrá que desembolsar de su caja una suma importante, ya que de los 10.000 carnets que se han mandado confeccionar a lo sumo se colocarán la mitad.

Conviene, por otra parte, que los compañeros tengan en cuenta—y esto sin temor a equivocarnos—que todas las organizaciones cobran los carnets, y que por lo tanto nuestro Sindicato era una excepción al respecto, ya que nunca los

Los patrones de nuestra industria se alarman

La Sociedad Fabricantes de Muebles, Carpinterías y Afines ha enviado a todos los patrones del ramo una circular llamándoles la atención acerca de la campaña de agitación iniciada por nuestro Sindicato con fines de organización.

En dicha circular se inserta parte de un manifiesto editado por nuestro Sindicato, y en el cual se exhorta a los obreros que están actualmente desvinculados de la organización a ingresar en ella.

El manifiesto de la referencia no contiene absolutamente nada novedoso, siendo simplemente, salvo leves diferencias de forma, uno de los tantos comunicados con que suelen estimular la voluntad de organización de los trabajadores las corporaciones obreras. En él se advierte a los obreros no sindicados la posibilidad de un empeoramiento de sus condiciones de trabajo y de vida como consecuencia de la carencia de poder sindical, y la necesidad de que se integren al Sindicato para facilitar la consecución de nuevas conquistas.

Lo que dejamos expuesto, trasunto fiel de la verdad, es algo tan común a los organismos obreros, que los capitalistas y centros patronales—salvo la S. de F. de M. C. y Afines—lejos de exagerar su importancia, lo réputan un hecho trivial.

El organismo que congrega a los patrones de nuestro ramo, en un tono alarmista, propio tan sólo de quienes realizan un prodigio sorprendente o un descubrimiento digno de atención, dice en su circular a los patrones:

« Después de la lectura de este artículo tan » sugerente—se refiere al manifiesto,—la C. D. » le pregunta a usted: ¿Cree usted que aun de- » be mantenerse alejado de nuestra Sociedad? » Deseamos con tiempo recordarle en la grave » responsabilidad en que usted incurre ante el » gremio con su excesiva indiferencia.»

Aparentemente, parece que la sociedad patronal recién se da por enterada de que los obreros se organizan con propósitos defensivos y de conquista, pero en el fondo, quizá haya en la circular a que aludimos algo más que una advertencia a los patrones.

En nuestro concepto, los propósitos atentatorios contra las conquistas sindicales que nuestro Sindicato atribuye a los patrones, tienen su mejor confirmación en la circular patronal. Sean cuales fueren los objetivos que persigue la S. de F. de M., C. y Afines en esta emergencia, ello no nos produce el más mínimo asomo de inquietud. De sobra sabemos que los patrones alientan propósitos contrarios a los que sustentan los trabajadores sindicados, y que la organización patronal obedece tan sólo al fin de ofrecer seria resistencia a los deseos de mejoramiento de los trabajadores.

De sobra sabemos que los patrones no ven con buenos ojos los aumentos de salarios, la reducción de la jornada de labor, el contralor sindical en los lugares de trabajo, etcétera, y que sienten una profunda aversión hacia las huelgas. El ideal capitalista se vería satisfecho si los obreros se convirtieran en algo así como acémilas, desprovistos de necesidades superiores, respetuosos de la voluntad patronal, solícitos para colmar el egoísmo de los amos produciendo incesantemente y conformes y gratos por la recompensa pecuniaria que reciban, sin exigir nada de su parte. Todo esto lo sabemos, y es por tal causa que sólo en la unión de nuestros esfuerzos confiamos para la realización de nuestras justas ansias de mejoramiento. Y nuestro Sindicato procura extender esta convicción a todos los obreros de nuestro gremio, mediante una propaganda sana, exponiendo públicamente sus propósitos, sin reservas, ocultamientos ni limitaciones restrictivas, tal como deben hacerlo las instituciones animadas de aspiraciones nobles y elevadas.

Cambio de domicilio

Recomendamos a los compañeros que cambien de domicilio, lo comuniquen inmediatamente a secretaria a objeto de que puedan recibir los comunicados de la misma sin interrupción y al mismo tiempo no entorpezca la labor de ésta.

---

cobró, y que si no hubiera sido por la situación económica por que atraviesa, hubiera continuado siéndolo.

Para ningún asociado representa una carga tal, que pueda trastornar su situación económica, el pagar los cuarenta centavos por el carnet, mientras que para la organización representa varios miles de pesos, cuya falta podría colocarla en crítica situación frente a cualquier intento patronal.

Por estas razones y otras que no son del caso mencionar aquí, es que la C. A. resolvió que los asociados, al recibir el nuevo carnet, abonen la cantidad de cuarenta centavos (0,40), que es lo que le viene a costar a la organización.

CONTESTANDO

A PROPOSITO DE UNA REPLICA

Para no «provocar guerra de epítetos, que siempre perjudican a la discusión serena», el camarada Gastón Leval, en un artículo que publicó en la última edición de esta hoja, en contestación a otro mío aparecido en el número 16 de esta misma, dice que «sería muy útil abandonar el estilo polemista, común y vulgar», y ofrecer, en cambio, «ideas, sin aparatos ni artificios verbales»...

El artículo del compañero Leval, especie de sermón, destila, sin embargo, cierta acrimonia que no condice con el carácter de amonestación con que, al parecer, ha sido escrito.

Verdaderamente no me explico la salida del camarada Leval. Cuando escribí «Extravíos de mentores», confieso que no pasó por mi mente la idea de atacar a persona alguna, y mucho menos a Gastón Leval. La mejor prueba de lo que digo es el espíritu absolutamente impersonal que lo animaba.

Pero no hay caso. No doy una en el clavo. Resulta ahora que Leval se ha empeñado en darse por aludido, cosa que lamento muy de veras.

¡Ah, si hubiera sospechado que este camarada, a quien no conozco más que a través de algunos artículos polémicos, habría de reprocharme el «estilo polemista» y declarar, de paso, que él se siente vinculado con esa especie social que distinguiera bajo la denominación genérica de «mentores», es posible que no hubiese escrito el comentario que lo ha hecho salir a la palestra! Pero está visto. Donde uno menos piensa salta la liebre...

El camarada Leval quiere hacernos creer que él forma parte de esos compañeros, a los cuales el subscripto adjudicara, según él, el «impresionante adjetivo de mentores»... No lo creo aunque lo veo. Sería una grande desilusión, por lo demás, la que experimentaría si fuera verdad lo que afirma mi contricante.

He tenido siempre por Leval una particular simpatía. Quizá por su característica de polemista (no importa que a él no le agrade que otros escriban con «estilo polemista»), o tal vez por la influencia que ejerce la comunidad de algunos puntos de vista, el caso es que era una simpatía espontánea, natural, que difícilmente he de perder, aun cuando por su parte se esfuerce en ofrecernos, a través de su último artículo, un nuevo aspecto de su personalidad.

Todo esto no es óbice para que me permita sospechar de que Leval no ha leído con la debida atención mi artículo. Si lo hubiese hecho como Dios manda... quizá se habría ahorrado la admonición que me dirige, y es posible que al final habría llegado a la conclusión de que nada tenía que objetarme.

¿Qué le ha movido al camarada Leval para salirme al paso? No puedo creer que haya sido el disgusto que le produce el «estilo polemista» de mi artículo. Si eso fuera, habría de pensar que no estaría muy de acuerdo con su temperamento. A Leval le gusta discutir. Recuerdo que su presentación en las columnas de EL OBRERO DEL MUEBLE fué hecha con un artículo polémico, a raíz del cual hubo de escribir otros tres, todos ellos interesantes, por cierto. Y tanto le atrae la polémica, que no ha querido dejar pasar esta oportunidad sin conferirme el alto honor de ser su controversista. Es una distinción que me honra, sobre todo cuando la inspira el loable propósito de evitarme «romper lanzas en inútiles sacrificios»...

Grande es, pues, la merced que me hace, y aun cuando nadie me armó caballero, confieso que fuera poco cortés eludir tan galante invitación.

No; «no se ha de morir de antojo quien me convide a cantar»...

Sostuve en mi artículo anterior que cuando se habla de transformación aconómica de la sociedad como aspiración revolucionaria del proletariado no era correcto ni honesto confundir ese pensamiento con el que pudiera tener la bestia que apacienta, trabaja y excrementa. Trasunta un mal pensamiento, y de la peor especie, porque es alimentado por atavismos ancestrales de pretéritas doctrinas teológicas, la afirmación que se hace de que la clase obrera podrá resolver el problema económico y continuar siendo esclava. Es, ésta, arcaica doctrina bíblica con apariencias de revolucionaria. Con el pretexto de que no sólo de pan vive el hombre, los teólogos de todo pelaje pretendieron siempre substraer a las gentes de las preocupaciones terrenales para elevarlas a la idea de Dios...

Lo lamentable es que haya todavía quienes, en nombre de doctrinas revolucionarias, a las cuales presentan como luminarias en el camino de la liberación del trabajo, traten de reconstruir la vieja concepción teológica, y que, así como ésta tenía de la vida y del mundo un concepto abstracto, aquéllos lo tienen de la libertad. A todo eso me refería en el artículo «Extravíos de mentores».

La clase obrera, con su aspiración revolucionaria, no concibe el mundo como un establo—decía,—donde se come y se expele. Ese concepto brutal suelen tenerlo tan sólo los grandes idealistas—decía Bakunine.

Se pretende reeditar la vieja disputa entre materialistas e idealistas. Gastón Leval hace casuística y distingos capciosos. Alegremente nos quiere hacer pasar como que estábamos confundidos cuando nos alecciona diciendo que «la solución» del problema económico no implica la «libertad económica». Yo no he entrado en esas sutilezas ni pienso seguirlo por ahí.

Hemos dicho que el manejo del poder económico por parte de los banqueros, reyes de los ferrocarriles y del transporte, pulpos de la industria y del comercio permite a la clase social poseedora dominar sobre todas las manifestaciones de la vida. Y agregábamos que el proletariado, si en realidad piensa que algún día ha de ser dueño de sus destinos, si de veras anhela su libertad política, moral y social, deberá conquistar antes su libertad económica, la libertad de disponer de sus elementos de trabajo, del producto de sus esfuerzos.

Al sostener este criterio no hemos hecho más que sostener un concepto ya conocido.

Proudhon mismo, a pesar de su «idealismo incorregible y no obstante ser un metafísico hasta la punta de las uñas», como dijera Bakunine, afirmó en cierta ocasión que «el ideal no es más que una flor cuyas condiciones materiales de existencia constituyen la raíz. Toda la historia intelectual, moral, política y social de la humanidad es un reflejo de su historia económica».

Y ese pensamiento presidió el artículo que tanto exaltó a Leval. Sólo quienes parten de ese principio, expresaba el revolucionario ruso, «pueden elevarse a un sistema racional de la libertad».

El sindicalismo aparece, por lo tanto, como el gran instrumento que se ha dado al proletariado para llegar a las más altas concepciones ideales de la vida.

Nada es ante él providencial. Él sabe que todo reside en el esfuerzo realizador de los obreros que son sus elementos actuantes. Creación original de la clase productora, es el artífice del ideal de libertad en el curso de su gesta diaria por la disminución de la autoridad patronal y del Estado y por el aumento constante de los nuevos derechos que emanan de su fuerza constructiva. Él no puede conformarse, a la manera de «los recetarios de menús de cocina para las marmitas de la sociedad futura» con simples expedientes teóricos. Siendo potencia renovadora y permanente impulso creador de instituciones, ahuyenta del camino a cuanto demiurgo de la revolución aparece ante sus ojos. Movimiento constructor de un orden social nuevo, es ante todo revolución actuante, en perenne formación y no apocalíptica hecatombe social.

Al camarada Gastón Leval le parece inconcebible que los órganos sindicales se propongan ejercer la dirección de la sociedad. No tengo interés en convencerlo de lo contrario. Pero es bueno que sepa que ese pensamiento, alentado por los mejores revolucionarios, es el que más claramente concibe la posibilidad de un cambio en la sociedad capitalista por otra de productores libres.

El privilegio y la autoridad no desaparecerán —sostuvo Bakunine en el congreso de la Chaux de Fons—si la organización federativa de los cuerpos de oficio—sindicatos decimos hoy—que son la verdadera representación del trabajo, no reemplazan, por ser más aptos, a la vieja compaginación política y social.

¡Qué importa que Lenín y Trostky hayan subido al poder siendo pobres y luego no lo fueran! Lo que demostraría el ejemplo que cita Leval es que el cambio político no significa la transformación radical de la sociedad en beneficio de los trabajadores. Podrá un partido cualquiera posesionarse del Poder, expropiar desde allí a las clases posesoras, pero con eso no habría logrado más que satisfacer los anhelos propios, con absoluta prescindencia de las aspiraciones obreras. La revolución rusa es el ejemplo más fehaciente para robustecer la tesis sindicalista. Los sindicatos, en Rusia como en todas partes, deben campear por sus propios respetos, aun cuando allí, con menos autonomía que en otras partes, por lo mismo que están sometidos a la égida de los hombres que gobiernan, desenvuelven su acción con un pensamiento más precario. Los comunistas rusos dominan en parte, desde el poder político, la economía de aquel vasto país; pero, incompetentes como todos los políticos para la organización técnica de la sociedad, se ven forzados a ceder en su preeminencia.

Faltó en Rusia la organización técnica del trabajo, la organización administrativa de la sociedad, que constituye el criterio básico del sindicalismo, y sobró, en cambio, el pensamiento político, burocrático y autoritario de un partido afortunado. Y faltó la organización técnica y administrativa por la sencilla razón de que no existía, con desarrollo y madurez necesarios, el sindicalismo.

Y no se diga que los revolucionarios hambrientos constituyen un factor decisivo para la transformación de la sociedad. Si así fuera, siempre sería la cuestión del pan y no otra la causa de su desesperación, de sus inquietudes y revueltas. No. Si no es para hartarse por lo cual las clases obreras deben hacer su revolución. Una clase obrera hambrienta podrá hacer revueltas, motines o vivir permanentemente insurreccionada; pero todo eso no significará más que un movimiento de descontentos. El proletariado es revolucionario en cuanto actúa por sí mismo, sin demagogos o taumaturgos que lo guíen, a través de órganos específicos, con los cuales desplazará algún día a las instituciones actuales. Esos órganos, que a Leval antójasele «axfisian el espíritu revolucionario», llevan a la fábrica, al taller, etcétera, el oxígeno de que carecen esos lugares, limpiándolos de las miasmas burguesas y haciendo de que se respire desde que comienzan a actuar un ambiente nuevo de derecho, de dignidad, de libertad, elementos éstos de que se carece cuando el sindicato no existe. Y a éste le corresponde purificarlo definitivamente, porque «es más apto, porque es la verdadera representación del trabajo», suprimiendo algún día el parasitismo burgués y toda la autoridad jerárquica que fluye de la sociedad capitalista.

La transformación social deberá nacer en la economía, hacerse en la fábrica, si es que ella ha de ser verdadera. Transformado el taller, la sociedad, que es su imagen, fatalmente deberá sufrir su influencia. Por eso recogíamos en el artículo anterior el profundo pensamiento de Proudhon: «El taller hará desaparecer el gobierno».

S. EVITERNO

Los informes del Departamento N. del Trabajo

Tenemos a la vista el N° 91 de «Crónica Mensual» del D. N. del T. que publica unos cuadros estadísticos de las huelgas habidas en la capital federal durante el primer semestre del corriente año, acompañado de una brevísima reseña acerca de sus causas, resultados y el nombre de los gremios en que se produjeron.

Buscamos la leyenda de nuestro gremio y la encontramos en la columna del mes de marzo. Se nos registra ahí una huelga en la que tomaron parte 33 «ebanistas muebleros» sobre un total de 37, motivada por falta de puntualidad en el pago de los haberes. Siempre según el informe, a los 12 días la huelga terminó con un resultado desfavorable, pues a excepción de 15 obreros que fueron despedidos, los demás reanudaron el trabajo junto a los reemplazantes. Y aquí termina el informe.

En el mes de marzo no hubo en la industria de los «ebanistas muebleros» ninguna huelga, y que sepamos tampoco la hubo en la de los «ebanistas pantaloneros».

El informe del Departamento querrá referirse a la que en febrero se produjo en el taller Ponti a causa de la irregularidad en el pago de los haberes, ya que por tales motivos no se produjo ningún otro conflicto en el primer semestre del año ni en lo que va del segundo.

Siendo así, esa huelga no terminó a los doce días sino un «poco» después de ser declarada: a los cinco meses casi; y en forma opuesta a la referida por el impagable informe: con la vuelta al trabajo de todo el personal huelguista y la exclusión total del elemento que durante el conflicto lo reemplazó, obteniendo—lo que significa un resultado favorable a la huelga—la regularización del pago y otras mejoras.

Por fortuna para el Departamento, nadie piensa que su misión sea otra que la común a todo engranaje burocrático del Estado, o sea la de mantener en buen estado de conservación a una legión de paniaguados de los comités políticos; porque si su objeto fuera el de dar una información veraz sobre los conflictos obreros, era como para lucirse con sus informes.

Con todo, el Departamento suele decir en sus informes grandísimas verdades. En el que nos ocupa, una de ellas es la de que los 33 ebanistas son muebleros.

Así es en efecto. Ninguno de esos ebanistas es herrero, panadero o de otro oficio extraño a la fabricación de muebles.

...Mis amigos y yo no cesamos de predicar a la clase obrera que no se deje encadenar ni siga el carril de la ciencia o de la filosofía burguesas. En el mundo se producirá un gran cambio el día en que el proletariado haya adquirido, como la burguesía después de la revolución, el sentimiento de que es capaz de pensar sobre sus propias condiciones de vida.

G. SOREL.

EL SINDICALISMO EN RUSIA

El Consejo central de los Sindicatos soviéticos dirigió con fecha 15 de julio del corriente año una circular a las organizaciones sindicales rusas por medio de la cual las invita a modificar la política que han seguido hasta ahora. Trataríase de condensar la campaña que con toda energía han venido realizando hace algunos meses destacados jefes obreros, por la cual se procura remediar los graves defectos de que adolece el movimiento sindical soviético y, sobre todo, buscar la forma de retraer a los medios sindicales a los obreros que, cada vez más acentuadamente, van alejándose de ellos.

Para comprender esta indiferencia de los obreros respecto de las organizaciones profesionales convendrá recordar cómo éstas fueron constituídas y sobre qué principios fué fundada su política.

Durante el período de la guerra civil y del llamado comunismo integral (1918-1921), los sindicatos no eran otra cosa que órganos del Estado. Ellos no podían desarrollar ninguna actividad propia y no gozaban de ningún derecho de iniciativa. Como durante esa época no existían las empresas privadas, pues la industria había sido nacionalizada, el Estado era el único empresario y la única autoridad competente para fijar las condiciones de trabajo en que debían desenvolver su actividad los obreros. Toda violación a las reglas establecidas por el Estado era considerada como una infracción a la disciplina sindical. Habiendo sido abolidos los contratos de trabajo, los sindicatos consideraban que no tenían ninguna misión que cumplir en defensa de los intereses de sus miembros. Ellos se limitaban a agrupar a los obreros para que, bajo la dirección del partido comunista, fuera ejercida la «dictadura del proletariado». Naturalmente, la adhesión al sindicato era una obligación que imponía el Estado.

Una vez aplicada la «nueva política económica», por la cual se restablecía el sistema capitalista y el Estado se transformaba en gran empresa capitalista, a los sindicatos se les dió una tarea distinta de la que hasta entonces tenían. Debían defender de nuevo los intereses del salariado frente al capital, fuera en su aspecto de renaciente capitalismo privado o en el del capitalismo de estado. Desde entonces ya no tuvieron más derecho a participar en la gestión de la industria que antes le fué aceptada y la adhesión de los obreros a las organizaciones fué declarada facultativa.

Sin embargo, los métodos comunistas han dejado profunda huella en el movimiento sindical. El sistema de nombramiento más o menos oficial de los comités de empresas y de otras organizaciones, el predominio del espíritu burocrático y del formalismo, la tutela ejercida por el Estado sobre los sindicatos, la irresponsabilidad de los funcionarios sindicales, todo lo cual caracterizó al período del comunismo integral, fastidiaron de tal modo a los obreros, que éstos concluyeron por desinteresarse, y a tal punto llegó su descontento, que no es una novedad el que haya en ciertos lugares una ruptura total entre los trabajadores y sus sindicatos.

Esta delicada situación ha sido puesta netamente de relieve por la circular de que venimos hablando y, además, por Andreiev, presidente del Sindicato de Ferroviarios y secretario del Comité central de los Sindicatos.

He aquí los principales defectos de que adolece actualmente la organización sindical soviética.

EL ESPÍRITU BUROCRÁTICO

En un gran número de organizaciones el trabajo «ha sido tan simplificado», que ha concluído por ser una rutina. Los funcionarios sindicales se limitan a la tarea de clasificar documentos y enviar circulares con órdenes generales sin preocuparse de los deseos ni de las necesidades de los sindicados. Ellos se sienten responsables no ya ante la masa obrera, sino ante los órganos superiores del sindicalismo y el comunismo. A medida que aquéllos tratan de mantenerse tan sólo en contacto con los aludidos órganos, los obreros van resultando, por lo mismo, más negligentes o despreocupados con respecto a la organización.

Este estado de ánimo se advierte muy particularmente en los comités de empresa. Habría que suponer que siendo esos comités los órganos primarios de la organización sindical, debieran estar, más que ningún otro, en estrecho contacto con las masas. Sin embargo no es así.

« El principal peligro que amenaza al sindicalismo—declara con este motivo Andreiev—es la posibilidad de una escisión completa entre las masas obreras y las organizaciones sindicales. Nosotros—agrega—que ya hemos contado varios síntomas de esa escisión debemos hacer lo indispensable para mejorar inmediatamente a nuestra organización.»

"El principal peligro que amenaza al sindicalismo—dice Andreiev, secretario de la Confederación—es la posibilidad de una escisión entre las masas obreras y las organizaciones sindicales."

En apoyo de estas palabras, Andreiev recuerda los graves conflictos, seguidos de huelgas, que se produjeron en la primavera del corriente año en las grandes empresas textiles y metalúrgicas del Estado.

Según el parecer de Andreiev y en opinión del C. C. S., esas disensiones tienen por causa el espíritu burocrático, la inercia, la irresponsabilidad de los funcionarios sindicales y su incomprensión de los obreros.

CORRUPCIÓN

En cuantas reuniones sindicales han tenido lugar recientemente, se ha comprobado todo género de substracciones, extralimitaciones, etcétera. Y lo grave es que esta práctica se repite con inquietante frecuencia.

« La substracción de los fondos sindicales—dice el Comité Central de los Sindicatos en su circular—es un acto corriente. Se encuentran ladrones en la más alta como en la más baja jerarquía sindical; desde el funcionario responsable hasta el presidente, pasando por el secretario, tesorero y contador.»

Estas substracciones se ven favorecidas por la ausencia de todo contralor serio. Los funcionarios responsables disponen libremente de los fondos sindicales. Y agrega la circular: «La benévola actitud de los comités de empresas, de los sindicatos y aun de los mismos obreros con respecto de los defraudadores no permite sino alentar los latrocinios y las substracciones.»

Esta complacencia, si no complicidad, es la causa por la cual los órganos centrales de la organización sindical no se enteran o se enteran demasiado tarde de las malversaciones. Sobre este punto, como sobre otros, los informes se limitan a simples enunciados, sin citar hechos concretos. «A veces—declara Andreiev—los informes dan de los hechos una versión enteramente falsa.»

AUSENCIA DEL DERECHO DE CRÍTICA

En la gran mayoría de los casos, la elección de los organismos sindicales y en particular la de los comités de empresa se reduce a una mera formalidad: la aceptación de la lista oficial.

Según el Comité Central, la razón principal que aleja a los obreros de toda participación en las asambleas plenarias y en la elección de los comités hay que buscarla en el hecho de que las listas de candidatos son preparadas de antemano en las células comunistas, constituídas por grupo reducidos de militantes. Las asambleas no hacen sino rubricar, sin discusión, los acuerdos que se adoptan en aquellos conciliábulos.

De ordinario cada lista, sin que los candidatos hayan sido presentados individualmente, pasa en bloque. Es muy frecuente el caso de comités salientes que no someten a sus representados informes relacionados con su gestión. Por lo demás, cuando éstos han sido redactados, pasan en medio del mayor silencio, con lo cual se dan por aceptados. Es costumbre, también, que los miembros salientes sean electos «sin oposición». Los obreros sindicados que pretendieran hacer valer su derecho de discusión sufrirían represalias, tales como la de ser excluídos del sindicato. Generalmente esta medida trae aparejada la pérdida del empleo. Este peligro hace que cada uno se guarde muy bien de formular crítica alguna. Como se comprende, en estas condiciones, las asambleas se hallan desprovistas de todo interés. Ellas sólo se limitan a escuchar la lectura de los informes, cuando éstos existen, y a registrar la fórmula consagrada: «Adoptado sin oposición».

CONNIVENCIA ENTRE LOS COMITÉS DE EMPRESA Y LOS ÓRGANOS DIRECTORES DE LOS ESTABLECIMIENTOS

Hay hechos más graves aún. En ciertas empresas del Estado, los comités de obreros parecen que se olvidan que ellos son órganos de carácter sindical, o, lo que es lo mismo, encargados de la defensa del proletariado. Ellos suelen encubrir todos los actos de la dirección, aun aquellos que contrarían los intereses de los asalariados. Esa tendencia se manifiesta comúnmente en los casos de fijación de los salarios o cuando la dirección, por juzgar «indésirables» a algunos de los trabajadores acuerda despedirlos.

Existen casos en que los comités de empresa, de común acuerdo con la dirección, amenazan con declarar el «lock-out» a los obreros que hagan huelga. Hay otros en que, sin discernimiento alguno, sancionan la tasa de los salarios sobre la tarea propuesta por la dirección. Y es frecuente también que, al par que el obrero aumenta su rendimiento, la dirección reduzca la tasa del salario en cada pieza, de suerte que el mismo trabajo experimenta progresivamente un descenso en su valor, y sea, de más en más, peor remunerado.

« Estos hechos—dice en substancia el C. C. S.—demuestran que los órganos llamados a defender los intereses obreros no suelen estar a la altura de su misión.»

La tendencia de los comités de empresa a sufrir la tutela de los órganos directrices de los establecimientos tiende a provocar, evidentemente, un aflojamiento de los lazos que deberían unir al sindicalismo y el proletariado. «Son buenos muchachos—suelen decir los obreros cuando hablan de sus camaradas de comité,—pero *ellos* debieran pagarnos salarios más convenientes.»

INDIFERENCIA OBRERA

Más del cincuenta por ciento de los obreros sindicados no pagan sus cotizaciones. Las asambleas plenarias se celebran con muy poca frecuencia. Con este motivo el orden del día suele ser comúnmente sobrecargado de asuntos de una importancia secundaria, toda vez que no tienen relación con las necesidades inmediatas de la asociación. Allí se discute, por ejemplo, de los problemas de la política mundial, de la guerra química, etcétera. Una plaga que sufren los sindicatos soviéticos y que contribuye a alejar a los obreros de sus filas es también el abuso que se hace de las llamadas «cotizaciones voluntarias». Los obreros se ven constreñidos, por el voto de los comités sindicales, de los comités de fábrica, y aun mismo de las asambleas plenarias (las cuales no osan oponerse a las directivas de los comités) a suscribirse a numerosas obras «de interés público», tales como el sostenimiento de la asociación encargada del desarrollo de la flota aérea, la asociación para el desarrollo de la química para el uso del ejército, la ayuda internacional a los revolucionarios, etcétera. Estas subscripciones suelen tragar hasta un diez o un doce por ciento de sus salarios.

Por otra parte, los órganos sindicales no vigilan como es debido la aplicación escrupulosa de los contratos colectivos ni las disposiciones de los estatutos sindicales. En consecuencia, todo esto trabaja por el desprestigio de las organizaciones sindicales y conduce al divorcio de los trabajadores y el sindicalismo. «Toda esta papelería—dicen éstos—no vale un dinero.»

REMEDIOS PROPUESTOS

Con vistas a remediar esta situación, la circular dirigida por el Comité Central a las organizaciones sindicales prescribe la adopción de diversas medidas.

Andreiev declara: «Esta vez no se trata únicamente de hablar de la fachada de nuestra casa para impresionar al extranjero. La intervención de los dirigentes sindicales y comunistas debe proseguir hasta el éxito final de la campaña de saneamiento de la organización sindical soviética.»

Por su parte, el C. C. S. anuncia que los funcionarios sindicales que no aceptaran las instrucciones de los órganos superiores serán destituídos y reemplazados.

ELECCIONES Y DERECHO DE CRÍTICA

La elección de los órganos sindicales se hacía de modo que no suscitaba ni interés ni confianza entre los miembros de las organizaciones profesionales. En lo sucesivo, establece la circular, se observarán las siguientes prescripciones:

a) Cada comité de empresa presentará un informe amplio y detallado a la asamblea plenaria de los obreros.

b) Las candidaturas serán objeto de una discusión previa y votadas separadamente.

c) Será tolerada y aun aprobada la crítica

d) Los órganos sindicales superiores no modificarán más por su propia resolución la composición de los comités de empresa, salvo los casos en que éstos no llenen ninguna necesidad.

La circular no hace ninguna alusión a la forma en que se hará el escrutinio. Sin embargo se previene la prohibición del secreto.

FINANZAS SINDICALES

El C. C. S. recuerda que ya en el sexto congreso de los sindicatos, celebrado en noviembre de 1924, fué prohibido el sistema de contribución obligatoria de las cuotas llamadas «voluntarias». Lo que importa—dice—es que el carácter «voluntario» del pago de las cotizaciones y la afiliación a cualquier clase de sociedad u organización sea una realidad y no una ficción. Por esto—agrega—es de desear que el obrero no forme parte de más de una o dos sociedades voluntarias y que las actividades de éstas sea tratada en los clubs de obreros antes que en los comités de empresa o en las asambleas de delegados.»

El C. C. S. invita asimismo a las organizaciones sindicales a que dediquen una mayor atención a la percepción de las cuotas de sus miembros. Les señala la conveniencia de crear un cuerpo de «agentes especiales» para que se encarguen de la tarea de percibir las cotizaciones, procurando, especialmente, que las personas escogidas para satisfacer esta necesidad sean «competentes y suficientemente instruídas». Pide, además, a los sindicatos, que reduzcan sus gastos de administración y les prohibe, por otra parte, la centralización de los fondos sindicales por los comités centrales. Igualmente les fija a éstos la obligación de colocar en los talleres, empresas, etcétera, grandes carteles conteniendo los informes sobre su gestión financiera.

MEDIDAS CONTRA LA CORRUPCIÓN

Para poner término a los desfalcos de los fondos sindicales, el C. C. S. invita a los sindicatos a que nombren tesoreros responsables. Les pide que cada mes le envíen informes relacionados con los desfalcos de que hubieran sido víctimas y de las medidas adoptadas contra los culpables.

« Es indispensable—declara la circular—que los funcionarios y los obreros cambien de actitud frente a los estafadores, y que dejen de considerarlos benévolamente. Hay que castigar sin piedad—agrega—no solamente a los estafadores, sino también a los órganos sindicales que, al tolerar la ausencia de contralor, favorecen los fraudes.»

En adelante las comisiones encargadas de verificar las cuentas serán tan responsables como los comités sindicales de todos los robos que se lleven a cabo en las organizaciones que se hallan bajo su contralor.

COMITÉS DE EMPRESA

1° « Educación y persuación», tal debe ser la palabra de orden que los comités deberán seguir en sus relaciones con los obreros. El autoritarismo y la arbitrariedad deben desaparecer. Es hora de poner fin a las exclusiones de los sindicados, decretadas por motivos fútiles o sin motivos valederos. La ausencia a las asambleas generales, por ejemplo, o la participación en fiestas religiosas, no deberán ser considerados como motivos de exclusión.

« Los comités no deben tener, sin embargo—sostiene la circular—más consideración por los intereses de la clase obrera que de lo que resulte de la compatibilidad existente entre éstos y la situación de la economía nacional y conforme a los fines generales que le han sido asignados al proletariado.»

2° « Los comités de empresa deberán continuar apoyando todas las medidas que adopten con vistas al aumento de la productividad del trabajo, pero no han de olvidar que siendo representantes de sus camaradas, ellos tienen el mandato de éstos de defenderlos en sus intereses.»

Ya en una circular precedente, el C. C. S. había llamado la atención de los comités de empresa sobre este último punto. Pero, un gran número de comités no han tenido en cuenta sus instrucciones. Parece inadmisible que éstos refrenden todas las órdenes de la dirección de las empresas sin discutirlas previamente, aceptando como si tal cosa que se nieguen o concedan aumentos de salario o que en cambio destituyan a los obreros después de un conflicto. Por lo demás, es bueno hacer notar que los comités de empresa no tienen ninguna facultad para ocuparse de cuestiones técnicas. Éstas son del resorte de la dirección de las empresas.

COMISIONES PARITARIAS

Con vistas a poner fin a las numerosas anomalías comprobadas en el funcionamiento de las comisiones paritarias, el C. C. S. precisa los siguientes puntos:

1º Las comisiones paritarias son, como lo indica su nombre, órganos «paritarios» que no pueden adoptar ninguna resolución si no es por unanimidad de votos. Los comités de empresa no deben tolerar, como lo han hecho algunas veces, que las decisiones de estas comisiones sean adoptadas por simple mayoría.

2º Los representantes obreros en las comisiones paritarias no serán elegidos por las asambleas obreras, sino por los comités de empresa. Éstos designarán de su seno a los obreros más inteligentes y capaces...

3º Los delegados de ambas partes que integran las comisiones paritarias deberán ser elegidos con plenos poderes. Las sesiones tendrán lugar regularmente y una vez firmada el acta queda establecido que sus decisiones son inapelables.

4º Las comisiones paritarias no tienen derecho para imponer o ratificar las sanciones adoptadas. Su competencia sólo alcanza en los conflictos que deben terminar con un reglamento amistoso.

5º Únicamente las escalas generales de salarios, por pieza y por períodos de tiempo, son del resorte de las comisiones paritarias. No obstante, ellas no podrán fijar la tasa de salarios individuales en los casos de conflictos ni deben intervenir en la repartición del trabajo.

6º Los delegados obreros en las comisiones paritarias deberán cuidarse bien de asumir algún rol administrativo o de dejarse influir por la dirección de las empresas. Los sindicatos deberán velar por que los representantes obreros en las aludidas comisiones se atengan estrictamente a la política sindical, y muy particularmente a lo concerniente a los salarios, la mayor productividad del trabajo y la aplicación de los contratos colectivos.

POLÍTICA DE LOS SALARIOS

La política de los sindicatos debe tender a producir la elevación de los salarios en la gran industria y en los transportes, en donde éstos son inferiores al término medio general.

Los salarios por pieza deberán ser adoptados en todos los casos en que sea posible. El C. C. S. llama a este respecto la atención de los miembros de los comités de empresa para que se pongan en guardia contra la tendencia que existe por sancionar, sin discernimiento, las tarifas propuestas por la dirección. Los comités de empresa deberán oponerse a que sean adoptadas las tarifas en los trabajos por pieza que comporte una disminución de salario, en tanto la productividad del trabajo permanezca en el mismo nivel.

«Los órganos señalados para la defensa de los intereses obreros—declara la circular—se han revelado inferiores a su misión. Llamamos la atención de los sindicatos sobre este particular, para que ellos, en primer lugar, le pongan un término.»

SOCORRO A LOS DESOCUPADOS

El C. C. S. invita a los sindicatos para que inserten en sus contratos colectivos una cláusula por la cual se da preferencia en el trabajo a los miembros del sindicato. Esta cláusula deberá ser observada estrictamente, pero será necesario evitar que con ella se produzcan obreros. No es el caso de hacer licenciar del trabajo a los obreros no sindicados para colocar en su lugar a los sindicados. Será suficiente, para evitar tales exclusiones—como ocurre actualmente—que los sindicatos vigilen que no sean contratados por las empresas obreros no sindicados.

Desde el punto de vista del enganche de los obreros, las organizaciones sindicales no deben establecer diferencias entre sus miembros y los que adhieran a otros sindicatos. Los desocupados deberán recibir trabajo y formar en el rol, sin que sea tenida en cuenta la organización sindical a la cual pertenezca.

Los sindicatos no pueden excluir de su seno, por el hecho de hallarse sin trabajo, a ninguno de sus miembros. Por otra parte, ellos no deben aceptar la adhesión de los desocupados no sindicados ni la de los empleados únicamente en trabajos temporarios o en los de carácter público o de asistencia.

En cuanto sea posible, el socorro a los desocupados deberá pagarse de los fondos ordinarios de los sindicatos. Las contribuciones especiales a favor de los desocupados deberán ser voluntarias, no pudiendo ésta exceder de 0,5 por ciento del salario de cada obrero.

A los personales

En repetidas ocasiones nos hemos visto obligados a llamarles la atención a los personales que no tengan delegados.

No obstante las repetidas llamadas, muy contados son los personales que han concurrido a secretaría a nombrarlos.

Esto nos determina a volver a insistir, y esperamos que los compañeros sabrán responder como cuadra a obreros organizados, y vendrán a secretaría a nombrar el delegado.

Es necesario no entorpecer la marcha de la organización y cuando ésta tenga que comunicar alguna resolución a los delegados para que la hagan conocer a los personales, no quede ningún obrero sin conocer tal comunicado.

Esperamos que los compañeros responderán a los intereses de la organización, ya que ésta representa los intereses de cada uno y de todos los obreros.

La producción capitalista desarrolla sólo el sistema de producción social agotando a la vez las dos fuentes de riqueza: la tierra y el trabajador.

CARLOS MARX.

LOS IDEALES Y SU SACERDOC

Ninguna cosa ha sido nunca más calumniada, por toda laya de intelectuales, que el concepto materialista, y especialmente cuando se aplica como método de investigación; y sus detractores pueden tener la vanidad satisfecha, habiendo realmente logrado que esa tendencia del conocimiento claro para interpretar los fenómenos por su substancia puramente material, sea hoy para todos los superficiales un sinónimo de grosería. Y hasta tal grado lo superficial es victorioso, que las mismas inteligencias distinguidas por su colocación en el punto de mira materialista, y que accionan en consecuencia guiándose por los hechos duros y aleccionadores de la realidad, sienten el pudor de la desnudez de sus propias impulsiones y se creen obligadas a cubrirlas con un velo de vaporosa y rosada idealidad, como quien deposita las flores funerarias sobre un ataúd.

Si esto pasa en los ámbitos de la investigación científica, adonde todos los ávidos de saber tienden sus miradas, es fácil hacerse cargo de lo que pasará en la masa de la clase trabajadora, privada de instrucción positiva; hostigada por las privaciones a un trabajo aniquilador, que no lo saca de ellas; flagelada por los males físicos originados por una condición ambiente adversa a la salud; y todo ello en el acorralamiento de una forma social que no deja respiro a una esperanza de inmediata liberación.

En estas condiciones la clase obrera es un receptor apropiado para todo género de teorías que le canten en su miseria un venturoso porvenir; y sobre un sedimento milenario de religiosa moral y de idealidades sin fin en que está anonadado su espíritu, arraigan otras nuevas y se desarrollan lujuriosas de la simiente que allí van arrojando continuamente los exaltados del ideal. Para éstos resulta así fácil tarea inducir a las masas sometidas al trabajo esclavo a creer que lo real y material es su miseria, su lamentable existencia; que el mundo material es el dolor; y lanzarlas en alas de la idealidad que eleva y hace olvidar, como el mísero que ahoga sus penas en una botella de alcohol.

Sin embargo, si tuvieran voluntad de crítica menos indolente, y no la siembra observaran sino a sus sembradores de ideal, ¡cuánta materialidad en ellos encontrarían triunfante! ¡Cómo los verían, si abrieran los ojos, en su mezquina realidad de cínicos traficantes de ideales en busca de pitanza lograda sin esfuerzo; materialistas vergonzantes que quisieran cubrir con el velo de Maia hasta el w. c. en el que defecan!

Nuestra fatalidad, la de los trabajadores, consiste precisamente en la profusión de esos seres elegidos cuyo corazón sangra perennemente al infortunio del prójimo, y se sienten predestinados a consagrar su existencia al amor y a la justicia de los desgraciados... cuya desgracia proviene precisamente de elaborar con sus manos la riqueza e inundar con ella a los compasivos y a los justos.

Convenimos en que no siempre fué así; hubo tiempo en que esto se lograba por el hierro y por el fuego. El cambio de procedimientos es una historia asaz larga y conocida; mas lo que no se conoce bien es si era peor para la víctima el antiguo o el nuevo procedimiento: si ha habido un progreso, y si él fué a favor de la víctima o del victimario.

Sea ello como fuera, lo que interesa es la observación de la conducta de aquellos que hoy tremolan banderas de ideales fincados en sentimientos altruístas y comprobar que dondequiera que ellos aparezcan, esos sentimientos no son más que una clásica sotana con la cual se cubre un parasitismo. ¿Quién, hoy, del inmenso número de los que viven de nuestro trabajo y su inherente esclavitud, no se conduele de nuestra condición? Ello no obsta, sin embargo, para que desee que ella sea perdurable. Pero si hay quienes dicen desear lo contrario, y viven de ella, ¿cómo es posible creerles? Y aun admitiéndolo, es evidente que éstos no se refieren a su situación personal, la que tienden a sostener y hacer prosperar.

Siempre será saludable la sospecha de que los ideales proselíticos y tendenciosos son meras ramificaciones religiosas; sin dejarnos engañar por la exterioridad que algunos presentan opuesta a toda religión.

Este género de idealistas del altruísmo se descompone en muy variadas especies que no vamos a clasificar, bastándonos tender una línea divisoria, en lo moral, que aparte a los hombres cuya vida depende de la materialidad penosa de su trabajo eficiente para la riqueza social, de aquellos que, para disfrutarla sin contribución, cultivan su inteligencia en el arte de auscultar el grado de ignorancia de los primeros y la evolución de sus prejuicios, para ir sorteando ideales que den a su existencia suave el brillo de los honores y del desinterés.

Suele decirse que los elementos que constituyen las diferentes clases sociales son numerosos y en extremo complejos, haciendo difícil, sino imposible, establecer con claridad las fronteras de unos y otros; pero nosotros sabemos que esto no pasa de un chicaneo de intelectuales por el interés que tienen de no ser clasificados, y nos atenemos a la clasificación de Marx al dividir la sociedad en dos grandes grupos clásicos de clase burguesa o capitalista y clase obrera o productora; todas las demás distinciones que puedan hacerse de otros diversos núcleos desperdigados en la sociedad, por lo general de naturaleza parasitaria, son artificiales, esos grupos sociales son sufragáneos o integraciones de una de aquellas dos clases, cuyos cometidos arbitrarios son: para una, producir riqueza y efectuar su intercambio; y para la otra, organizar su apropiación y consumirla.

Si ahora se considera que la primera está compuesta por la inmensa mayoría de los hombres y la otra por una minoría reducida de la sociedad, surge evidente que si este estado de cosas subsiste es sólo por la aquiescencia del mayor número, pues si en cualquier momento se decidiera a ello, podría dar rápidamente cuenta de la minoría.

Pero una decisión de esta magnitud que materialmente sería de fácil practicabilidad para un proletariado capacitado y disciplinado en un espíritu de clase, la hace imposible no precisamente su escasa cultura intelectual, sino el abigarramiento de su moralidad. Y este estado moral no es un producto del acaso, sino el de una voluntad extraña pero tenaz y perseverante en obtener ese resultado.

La clase obrera está sometida desde el niño que surge a la penosa vida hasta el adulto que reventado baja a la fosa, a una desviación sistemática de su inteligencia y a un contralor de sus pasiones. Se teme al peligro en que la clase dominante quedaría colocada si al proletariado se le tolerase la formación de un criterio propio emanado puramente de su vida en constante contacto con el mundo material.

Para esta labor de torción espiritual se vale la burguesía de esas categorías de individuos cuya profesión a través de la historia ha sido la de forjar e inculcar a sus semejantes dogmas, ideales y doctrinas. Estos seres, verdaderos «cafteens» de la especie humana, se hallan profusamente esparcidos por todas las capas sociales donde la falta de asepsia espiritual dé asidero a su parasitismo.

Sin ellos, la clase capitalista no podría subsistir. Puede decirse en verdad que la sociedad actual les pertenece en usufructo. En sus manos están la religión, la enseñanza y la política. Cuentan en su haber toda la policromía del idealismo, desde el dogma más vetusto y anacrónico hasta la doctrina más modernista y revolucionaria. Tienen siempre a mano ideales para todos los ambientes y para todas las tendencias humanas, peritos como son en la falsificación de todo pensamiento colectivo.

Ante ese inmenso mal, cuya etiología sólo apuntamos, ¿qué remedio ha de adoptar la clase obrera, víctima propicia de semejante morbo secular? No hay vacilación en nosotros al aseverar que, como para la salud física, también para la moral, el más eficaz preservativo es la higiene. Limpieza cuidadosa del espíritu; ninguna duda en desterrar de él todo género de ideales.

Esta prescripción chocará con el vetusto estado moral de muchos trabajadores, que generalmente sustentan el error—bandera hasta hoy victoriosa de todas las castas parasitarias—de que la orientación por los ideales modifica las condiciones materiales de la existencia. Y nada es más falso, sin embargo; pues cualesquiera sean los ideales que hoy se sustenten, ellos no tienen ni lejanamente la importancia que en la historia han tenido las religiones—el cristianismo, por ejemplo, en su faz más humana,—no obstante, ellas han modificado tanto la materialidad del devenir, hacia rumbo directriz de sus ideales, como una veleta modifica la dirección del viento.

Siempre será saludable la sospecha de que los ideales proselíticos y tendenciosos son meras ramificaciones religiosas, sin dejarnos engañar por la exterioridad que algunos presentan opuesta a toda religión; el viejo tronco se resiste a la muerte y retoña del modo más variado.

«En general—escribe Marx—la reproducción religiosa del mundo real no puede desaparecer sino cuando las condiciones de la vida práctica presenten, día por día, a los hombres relaciones racionales y transparentes, de ellos entre sí y la naturaleza.» Estas relaciones son las que los trabajadores debemos establecer ajenos a todo preconcepto ideal que no sea inspirado en nuestro bienestar material inmediato, y habremos trocado así el ideal por nuestro saber consciente. No debe confundirse sabiduría con idealismo; aquélla es la síntesis del conocimiento emanado de acciones victoriosas, éste una simple exteriorización morbosa del espíritu.

Si hoy la clase obrera sabe vivir sin Dios, ha de saber un día vivir sin ideales, que son sus hijos, y a través de esta vida transparente, verá que así como aquél es el caldo apropiado para el parasitismo de un viejo sacerdocio, los ideales que hoy se ostentan lo son de un sacerdocio nuevo, que surge con las mismas propiedades del anterior, de saber interponerse entre la clase productora y la que directamente usufructúa la producción, para succionar de la primera sirviendo a la última.

SERGIO SONIA.

Medios de lucha directa

No basta reconocer la necesidad, para los productores, de organizarse y luchar.

Es también necesario que tengan a su alcance medios de acción que ellos solos puedan emplearlos y cuyo ejercicio sea inevitablemente dirigido en un sentido favorable a la clase obrera. Esos medios existen en nosotros mismos, surgen del medio y de las condiciones en que vivimos. El sindicalismo, o más precisamente el movimiento de la clase productora, los lleva en sí, en estado bruto e inconsciente.

¿Qué hace el extractor de minerales? Va a buscar, en la naturaleza, la piedra o el mineral al estado bruto; y esos diversos productos adquieren un valor de uso por las manipulaciones hechas con el propósito de purificarlos, separándoles todo cuerpo inútil o nocivo; haciéndolos aptos, por medio de una preparación más

[illegible]. Según esas manipulaciones la piedra [illegible] rinden provecho. [illegible] modo, el asalariado busca, utiliza [illegible] de acción que lleva el movimiento, [illegible]ae, las exterioriza y de ese uso saca pro[illegible]. Pero ese provecho está subordinado a la manera como los medios han sido extraídos y empleados. Mal extraídos, mal empleados, ellos no dan sino la derrota. Hay, entonces, que aprender a «extraer» y a saber emplear. Saber sacar provecho de las armas puestas a nuestra disposición constituye el gran valor de la organización obrera.

¡Reconozcámoslo! Si el obrero es, a su pesar, impulsado a recurrir a sus armas, lo hará sin habilidad. No sabe emplearlas. De modo que no debe extrañar si nuestro camino está jaloneado con derrotas también. Luchamos empujados por las necesidades, pero luchamos mal.

El único medio para aprender a servirse de un arma o de un instrumento, es el de no tener miedo ni del arma ni del instrumento. ¿Qué se diría del aviador, que lucha por conquistar el espacio, que tiene miedo del aeroplano y del dirigible? Uno y otro tienen completa confianza en su arma y en su instrumento.

El obrero debe tener confianza en sus armas. Y como aquéllos la han adquirido sirviéndose del arma o del instrumento, el obrero la adquirirá haciendo lo mismo. Y como el aviador, para hacer el aprendizaje, elige el día y la hora, así como las condiciones en que ha de hacer sus tentativas, el obrero debe elegir su día, su hora y las condiciones en que ha de realizar su lucha.

La huelga, el sabotage, que son los medios para practicar la acción directa, son formas de lucha sacadas del mismo movimiento obrero. Como es el trabajador solamente quien acciona, para hacer eficaces y potentes esas formas de lucha, es necesario tener confianza en ellas y aprender a utilizarlas con eficacia.

Imitando al demócrata que declara que el pueblo debe aprender la práctica de la libertad y el manejo del sufragio universal, a fin de gozar de los beneficios de la una y el valor del otro, el sindicalismo declara:

Para emanciparse, el proletariado debe adquirir la práctica de la lucha.

VÍCTOR GRIFFUELHES

Posibilidades libertarias

El contenido moral y filosófico del anarquismo es, sin duda, de una belleza suma y de desear sería que pudiera realizarse cuanto antes un tan hermoso ideal.

Desechada la posibilidad de llevarlo a la práctica por medio de los grupos afines, cuya esterilidad nadie ignora; descartada la idea de llegar a reunir para el mismo fin a todos los trabajadores por medio de los sindicatos de producción, puesto que en ellos sólo se puede alcanzar a unirlos por el interés económico común a todos; siendo suficientemente conocido el resultado de los sindicatos que pretendieron poder actuar en las luchas económicas con una orientación netamente anarquista, queda aún la posibilidad de llegar algún día, o por lo menos acercarse a la meta libertaria donde tantos visionarios tienden la vista.

Todos los anarquistas están contestes en reconocer honestamente que no basta pagarse de palabras y adornarse con expresiones y nombres que en la vida diaria se niegan constantemente. A todo el que no esté obcecado por la pasión partidista no puede ocultársele el hecho bien conocido en este país—y en los demás, con pequeñas variantes ocurre lo propio—de que es precisamente en los organismos llamados anarquistas, o dirigidos por ellos, donde se procede más antianárquicamente, y que por ser entidades no sujetas al contralor a la disciplina y responsabilidad personal y colectiva de sus miembros, es donde más fácil encuentra asidero la inmoralidad y envilecimiento de los individuos que se les confían cargos. La comprobación de lo que antecede, puede hacerse estudiando la historia de ciertos apóstoles que por ahí se usan, los que en numerosos casos, siguen disfrutando de la confianza de los sindicatos—o lo que sean—y de grupos e instituciones que forma y sostiene la colectividad. Sujetos hay entre ellos que, después de distraerse los fondos de colectas con fines de cultura, solidaridad o propaganda, de malgastar el dinero de los sindicatos que tenían el encargo de administrar, de ejercer el crumiraje en movimientos huelguísticos, de pasarse años enteros sin que se les conozca algún medio de vida honesto, dejando suponer y comprobándose en muchos casos, que son agentes policiales o patronales, o las dos cosas a la vez; se hacen pasar por mártires del ideal, sirviendo de agentes provocadores y calumniadores sistemáticos de todo lo que no responde a sus perversos fines.

Y estos héroes, estos mártires, estos dechados de inmundicia humana, son los que se nos han presentado como ejemplos, como guías, como los verdaderos mesías de la buena nueva.

En las luchas económicas orientadas por los anarquistas, después de cada descalabro, cuando se comprueba la villanía de hombres a quienes se confió los destinos del gremio o de la colectividad, no siempre se procede con energía contra los sujetos traidores; por el contrario, se los tolera y disculpa invocando no sabemos qué fueros libertarios. Se justifica su inconducta con sofismas acerca de la sacrosanta libertad del individuo y con extravagantes conceptos deterministas sobre lo falible, débil y deleznable de la voluntad humana. No se combate al delincuente. Se lo compadece en nombre de la grandeza de los principios.

Ladrones y traidores hay en el movimiento obrero que, después de cada traición, entonan el mea culpa con aparente fervor, para hacerse pasar por Magdalenas pecadoras y arrepentidas, lo que suelen conseguir fácilmente. Nada debe de extrañar, pues, que los trabajadores lleguen a sentir aversión por métodos que suelen dar tales resultados.

La práctica de la moral anarquista, el triunfo de sus postulados, no puede ser entonces una cuestión de palabras: es un problema de cultura y de fuerza. Más esencial que el deseo de vivir una vida libre es la capacidad para poder vivirla. Más eficaz que los discursos y las grandes tiradas lírico-sentimentales es la organización en el campo de la economía.

Por la cultura se adquiere la capacidad para vivir anárquicamente, por el sindicato se ha de adquirir la fuerza para realizar la transformación social.

Encarado así el problema, la libertad política y económica se reduce a dos cuestiones fundamentales: organización y cultura.

Resulta curioso, por lo tanto, el darse nombres, títulos y adjetivos más o menos sonoros y rimbombantes si se olvida lo esencial, que es hacer fuerte a la organización obrera, por la cultura y la asociación, hasta darle el máximo de eficiencia, para ejercer la libertad a que se aspira.

La labor más conveniente que pueden hacer todos los que desean ser útiles a los trabajadores es, si obreros, ingresar en sus respectivos sindicatos u organizarlos donde no existen y luchar en su seno por la elevación y consolidación de los mismos; si trabajadores de la inteligencia, contribuir en la medida de su capacidad a proporcionar a los obreros las nociones de cultura y técnica que por sus conocimientos especiales pueden enseñar. Si en lugar de esto se pretende sistemáticamente que los trabajadores son engañados por los que ofician de directores, porque no se conducen como los críticos desean, ello es calumniarlos, y es también muy cómodo, puesto que, bien o mal, sus resoluciones, sus acuerdos, su orientación, es la expresión de su capacidad para la lucha.

Cuando los obreros se conducen en sentido que se considera equivocado, se procede con ligereza y falta de lógica si se los injuria y combate por contrariar nuestros modos de ver en cada caso. Nadie más autorizado que los propios interesados para saber lo que deben resolver sobre sus propios asuntos.

En consecuencia, merecen poco crédito y tienen muy poco valor los juicios de los críticos que actúan y viven al margen de la organización obrera, y menos todavía si la crítica se hace con un incompleto o absoluto desconocimiento de sus problemas internos. Y valen menos aun, si las críticas provienen de individuos o grupos que tienen intereses e ideales opuestos a los de la organización obrera.

Si bien es cierto que los obreros se equivocan con frecuencia, sólo por la comprobación de sus errores han de llegar a orientarse por buen camino.

No conocemos medio más seguro para defender la libertad y el derecho de cada individuo, que el ejercicio de esos atributos por medio del propio sindicato. Si éste a veces, coarta a alguno de sus miembros su libertad, es siempre por una de estas dos razones: o porque el individuo atenta contra los intereses del sindicato y entonces la coacción es lógica y justa, o bien porque el sindicato, no compenetrado de su papel se ha dejado influir por individuos con ideas e intereses ajenos al mismo. En este último caso no existe otro recurso que el de luchar en su propio seno hasta hacer prevalecer el interés común, ante el grupo o secta que pretenda imponerse.

En la historia de la clase obrera hay numerosos casos que demuestran el valor del sindicato y del conjunto de las organizaciones obreras cuando se han impuesto a sus enemigos haciendo respetar la libertad de sus miembros. Y no es sólo para defender a sus asociados que la organización obrera hace uso de su fuerza. La usa también para defender las libertades públicas que la democracia cuenta entre sus conquistas, pero que no las sabe hacer respetar ni es capaz de defender.

En un régimen donde la clase obrera tenga virtualmente el poder político, poseyendo el económico, no deberá temer por su libertad el trabajador, puesto que en defenderla ha de ir el interés de los trabajadores.

La libertad del individuo, en cuanto productor, debe estar unida al interés y libertad de todos los trabajadores. En cuanto a los no productores, será necesario combatirlos si siendo físicamente sanos y útiles se resisten a trabajar.

A. FOLGUERAL

Balance del S. O. de la I. del Mueble

Agosto

ENTRADAS

Saldo.—	
Saldo del mes anterior	3.362.40
Cotizaciones.—	
Cotizaciones según estampillas números 19501 al 20000, Serie G. y del número 1 al 2500, Serie H. .	3.000.—
Cuotas especiales.—	
Cuotas solidarias Pro-Federación O. Marítima	229.—
Cuotas Pro-Huelga Maple	25.—
Depósitos.—	
Pedro Maestratti, a cuenta devolución alquiler del ex Sindicato de Tapiceros	5.—
Alquileres.—	
Alquiler de la Unión S. Argentina .	200.—
Subsidios.—	
Medios jornales entregados por los obreros del taller Colombo, para el mantenimiento del Comité de huelga de la misma casa	35.90
Donación.—	
Donación del compañero D. Bassani para el Comité Pro-Presos	16.80
Varios.—	
Por la venta de un clisé para mimeógrafo	0.50
	6.874.60

SALIDAS

Alquileres.—	
Alquiler de Secretaría	430.—
Alquiler de Salones	100.—
Utiles.—	
De Secretaría	80.30
De limpieza	14.40
Cotizaciones.—	
3200 cotizaciones a la U. S. A., por el mes de abril	320.—
Sueldos y jornales.—	
Secretario General	211.20
Ayudante de Secretaría	60.—
Cobradores	330.—
Limpieza	120.—
Comisiones y delegaciones.—	
Jornales y horas perdidas para efectuar comisiones varias	23.30
Tranvías.—	
Gastos de tranvía durante el mes .	23.70
Propaganda.—	
Manifiestos, carteles murales, material de propaganda, etc.	30.—
Subvenciones.—	
Subvención a «Bandera Proletaria» meses de agosto y septiembre ...	10.—
Biblioteca Social.—	
Compra de libros	152.21
Por encuadernación	426.—
Electricidad.—	
Consumo de energía eléctrica	57.30
Estampillas.—	
Compra de Timbrados	30.—
Acción Obrera.—	
Impresión de los números correspondientes a julio y agosto	560.—
Clisés	17.32
Comité de reorganización.—	
Por su mantenimiento	28.80
Comité de Huelga.—	
Por el mantenimiento del Comité de Huelga del taller Colombo ..	418.10
Subsidios.—	
A los huelguistas del taller de la calle Castro Barros 974	36.—
	3.478.63

RESUMEN

Entradas	6.874.60
Salidas	3.478.63
Saldo que pasa al mes de septiembre	3.395.97

DISTRIBUCIÓN

Saldo que pasa al mes de septiembre	3.395.97
Depósito de Alquileres	2.082.—
Depósito en garantía del Porte Pago	100.—
Depósito en garantía por Salones ..	100.—
Depósito a la C. H. A. D. E.	50.—
Préstamo al S. O. Afines al Automóvil	1.000.—
Ocho (8) acciones reembolsables de la Biblioteca Obrera	80.—

Contador — *Luis Colombo*
Tesorero — *V. Tidone*

Comisión Revisora de Cuentas
Vicente Ocio. — *José Martínez.* — *Luis Dechaíno.*

MOVIMIENTO DE SOCIOS

AGOSTO DE 1925

Profesión	Ingreso directo Oficial	Ingreso directo 1/2 oficial	Con pase	Reing.	Total
Ebanistas	63	8	5	6	82
Lustradores	18	14	—	3	35
Escultores	2	—	—	—	2
Tapiceros	4	—	—	—	4
Torneros	9	2	—	—	11
Peones	8	—	—	—	8
Maquinistas	5	1	1	—	7
Carpinteros	—	1	2	—	3
	109	26	9	9	152

SEPTIEMRRE DE 1925

Profesión	Ingreso directo Oficial	Ingreso directo 1/2 oficial	Con pase	Reing.	Total
Ebanistas	61	19	7	3	90
Lustradores	12	13	—	4	29
Escultores	3	—	—	—	3
Tapiceros	1	2	—	—	3
Doradores	1	1	—	—	2
Torneros	—	1	—	—	1
Peones	4	—	—	—	4
Maquinistas	5	1	3	—	9
Silleteros	2	—	—	—	2
	89	37	10	7	143

La unidad ideológica

La indicación del manifiesto comunista, de que el proletariado se constituya en clase, a primera vista parece poco comprensible, pero, analizando veremos como no es más que aparente la incomprensibilidad.

No hay que imaginarse que el hecho mismo de la unidad de situación constituya de por sí una clase. Y tan es así que Marx, en su «Diez y ocho Brumario», ha podido comparar la clase de los campesinos a una bolsa de papas. Los campesinos se encuentran en una misma situación social, tienen los mismos intereses económicos, y presentan todos los caracteres objetivos de una clase. Sin embargo, no forman una clase en el concepto marxista. ¿Qué le falta al conjunto de campesinos? *La conciencia, la unidad de voluntad.*

Los individuos, puestos los unos al lado de los otros, no se conocen, son como las papas en la bolsa... Pues bien, todo eso puede constituir un amontonamiento, una masa, pero no una clase. Como acabamos de ver, puede suceder que existan las condiciones objetivas para la formación de una clase, sin que por este hecho solo exista realmente una clase. La unidad económica puede muy bien ser la condición necesaria, pero no es una condición suficiente. Es preciso que se le agregue la unidad de voluntad.

¿Cómo se forma esta unidad de voluntad? *Por medio de la lucha.* Y es en la lucha que las clases tienen la revelación de sí mismas, adquiriendo conciencia de lo que podríamos llamar su *yo colectivo*, o de su personalidad compleja. Es en lo que Hegel llamaba «el combate para el reconocimiento recíproco de los yo», que la conciencia de clase se despierta y llega a la plena claridad de una idea.

La verdadera diferencia entre partido y clase no está en que el partido es una *unidad ideológica* y la clase una *unidad económica*, puesto que acabamos de ver que *la clase cuando ha llegado a su completo desarrollo, también es una unidad ideológica.*

La verdadera diferencia está en que el partido es una colección de individuos, venidos de todas las clases sociales, que no pueden for-

mar ese yo colectivo, esa personalidad colectiva que hemos indicado más arriba.

Un partido es una mescolanza, un lugar de encuentro, un órgano de la democracia. Como se sabe, la democracia ignora las clases y solo conoce los individuos. Proudhon calificaba a la democracia como *el hacha que divide al pueblo;* siendo una potencia divisoria para la cual no existe nada social, general, colectivo, espiritual, que se titula a sí misma de materialista y atea. «El sufragio universal—dice Proudhon—es una especie de atomismo, por el cual el legislador, no pudiendo hacer hablar al «pueblo» en la unidad de su esencia, invita a los ciudadanos a que expresen individualmente su opinión, absolutamente del mismo modo como la filosofía epicurea expresa el pensamiento, la voluntad y la inteligencia por combinación de átomos. Es el ateísmo político en la peor significación de la palabra. Como si de la consagración de una cantidad cualquiera de sufragios pudiera resultar jamás un pensamiento general.

Se objeta que los partidos tienden, precisamente, a remediar ese desorden, esa atomización social, cuando agrupan a los ciudadanos, pues hacen la síntesis de sus aspiraciones y voluntades.

No puede negarse que ese sea el propósito de los partidos, pero lo que negamos, de una manera categórica, es que puedan llegar a realizarla. Y esto por una razón muy sencilla, por que la unidad celular del partido es individual, es el ciudadano abstracto; y un partido sólo es una suma de unidades individuales abstractas. La unidad a que conducen los partidos, y que realizan, no es mas que una unidad exterior, deleznable, artificial, una unidad mecánica, administrativa y burocrática, análoga a la de los Estados políticos modernos. No se trata de una verdadera unidad, de una unidad espiritual interna. Puede decirse de los partidos lo que Nietzche dice del Estado, que son monstruos fríos que no pueden pretender ser el pueblo sino mintiendo descaradamente. «Estado—¿qué es eso? pregunta Zaratustra—Oid bien, que os voy a hablar de la muerte de los pueblos. El Estado es el más frío de todos los monstruos fríos y miente fríamente. Oid la mentira que brota de sus labios: Yo, el Estado, yo soy el pueblo. ¡Es una mentira...! En donde todavía hay pueblo, éste no comprende el Estado y lo detesta...»

Lo que hace la grandeza y la fuerza del sindicalismo revolucionario son sus métodos de acción, esencialmente sintéticos los que implican movimientos de masas indomables, que no quiebran la unidad del proletariado, ni rompen su bloque, manteniéndolo en el estado de masa autónoma e indivisible.

Los métodos de acción de la democracia son esencialmente analíticos, quiebran la voluntad popular y su unidad profunda y original, dejando sólo un montón de votos individuales, arbitrariamente puestos juntos.

Hay que ver lo que es la política social de la democracia frente a la huelga, hecho importante de la vida obrera. La democracia se propone parlamentarizar la huelga, es decir, substituirla por el procedmiento analítico del escrutinio, que aisla a cada obrero y lo substrae a la corriente eléctrica de la voluntad general indivisible, al desarrollo espontáneo y sintético de un movimiento de revuelta, movimiento que puede resultar si todos forman una sola cabeza y un solo corazón.

E. Berth

EL ESTADO

El actual poder político del Estado moderno es una junta administrativa de los asuntos comunes a la clase burguesa.

La historia de la sociedad es la historia de las luchas de las clases. Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y artesanos, en una palabra, oprimidos y opresores, siempre chocaron, sosteniendo una lucha continua, a veces abiertamente, otras disimulada; una lucha que siempre terminó o con la transformación revolucionaria de la sociedad o con la destrucción de las clases en lucha... Sin embargo, esta época de la burguesía presenta una notable diferencia con respecto a las otras, puesto que en ella las oposiciones de clase se han simplificado. Toda la sociedad va cada vez más disponiéndose en dos campos enemigos, en dos clases opuestas: la burguesía y el proletariado.

Solamente la superstición política puede hacer afirmar que el Estado conserva la sociedad burguesa, mientras que en realidad es la sociedad burguesa la que sostiene al Estado.

El poder político, en el verdadero sentido de la palabra, no es más que el poder organizado de una clase para oprimir a otra. Si el proletariado en la lucha contra la burguesía se organiza en clase, y si por medio de la revolución llega a destruir violentamente las viejas relaciones de producción, no hace más que abolir las condiciones de existencia del antagonismo de clases, aboliendo las clases y su propio dominio.

Carlos Marx

LA MEDICINA EN LAS ENFERMEDADES PROFESIONALES

La medicina es la ciencia para curar. Eso es lo que se desprende de los libros, y lo que hemos aprendido en los hospitales. Pero «en la vida resulta que la medicina es el arte de curar solamente a los ricos y libres». En cuanto a la demás gente, la medicina no es mas que el resumen teórico de la manera como se podría cuidar y curar si también fueran ricos e independientes; y lo que le podemos ofrecer en esa situación es tan sólo una especie de insulto desvergonzado.

Los días de fiesta me venía a visitar un muchacho aprendiz zapatero de un taller vecino. Tenía un color verdoso como de masa podrida; sufría de vértigos y desvanecimientos. A menudo pasaba yo por el taller donde trabajaba. Fuera de mañana o de noche, siempre le veía inclinado sobre la banquilla; y a su alrededor había otros muchachos lívidos como él. Una pequeña lámpara ardía débilmente, y por la ventana salía un repugnante olor a petróleo que me irritaba la garganta. ¡Y yo era el encargado de curar al muchacho! ¿Cómo hacerlo? Hubiera sido necesario sacarlo de aquel lugar infecto, para que corriera por los campos, al aire libre, bajo los rayos del sol. Entonces sus pulmones hubieran podido desarrollarse, y su corazón latir más fuerte y su sangre volverse más roja y caliente. En vez de todo eso, el muchacho no veía las calles de la ciudad mas que cuando el patrón lo enviaba a entregar trabajos. No podía estirar sus piernas corriendo y jugando en los días de fiesta, porque se le retenía en el taller, junto con los otros muchachos, para evitar que hiciera alguna travesura. Y lo único que me quedó que hacer fué recetarle hierro y arsénico, tranquilizándome con el pensamiento de que había hecho algo por el muchacho.

Otra vez recibí la visita de una lavandera atacada de eczema en las manos; la de un changador con una hernia, la de un tejedor atacado de tisis. Yo les receté ungüentos, fajas y polvos; pero confundido por la comedia que desempeñaba les dije que la condición principal para curarse sería: para la lavandera no mojarse más las manos; para el changador no levantar más pesados fardos; para el tejedor no trabajar más en sitios donde la atmósfera está impregnada del polvo que lo había enfermado. Como respuesta a todo esto, suspiraron, me dieron las gracias por los ungüentos, polvos y fajas, y me explicaron que no podrían dejar sus oficios porque entonces no podrían comer.

Es en estas circunstancias que siento una especie de vergüenza de mí mismo y de la ciencia que sirvo.

Un día vino a verme un trabajador del campo. Se sentía oprimido. Le encontré el pulmón izquierdo atacado por una inflamación crupal. ¡Me pregunté cómo había podido aguantar hasta ese punto! y le dije que se metiera en cama en seguida y que no trabajara.

—¿Qué es lo que me dice, doctor? ¿Cómo puede ser?—díjome asombrado.—¿No sabe en qué estación estamos? El tiempo apura. Dios nos envía buenos días y yo no debo acostarme. Que Dios tenga piedad de mí; y usted, doctor, será bastante bueno para darme un remedio que me alivie el pecho.

—¡Ningún remedio le curará si va usted a trabajar! ¡Es un caso grave y peligra su vida!

—Dios es bueno ¿por qué he de morir? Seguiré como pueda. No puedo guardar cama. Esta temporada de trabajo me permite ganar para vivir el resto del año.

Con mi remedio en el bolsillo se fué al campo, se puso a trabajar hasta entrada la noche; luego se puso a descansar en un surco y murió de endema a los pulmones, como pude comprobarlo al siguiente día.

La vida, poderosa, grosera y formidable, realiza sin cesar su obra ciega y cruel; y a sus pies se agita el pobre médico, quien se imagina poder establecer las reglas de su higiene y terapéutica. ¡He ahí un ser humano en toda la fuerza, y la diversidad de sus órganos que exigen un funcionamiento amplio y completo! Y parece que la vida se hubiera propuesto ver lo que acaece si ella lo coloca en las condiciones más contrarias a su desarrollo. Se obliga a los hombres a permanecer de continuo de pie, a marchar sin reposo; y las plantas de los pies se aplastan, las piernas se hinchan y las venas se transforman en llagas que no cicatrizan más. Otros están condenados siempre a estar sentados, sin levantarse, con el dorso encorvado, los pulmones y el hígado comprimidos y el intestino recto sembrado de tumores. Los que empujan las vagonetas en las minas, corren todo el día. Hay obreros, los vidrieros, que trabajan siempre y con sus pulmones reemplazan a los fuelles. No hay posición o movimiento, por más anormal que sea, que no haya sido impuesto ya a los hombres, y a veces por toda su existencia. No hay veneno que no estén forzados a respirar, ni condición excepcional en la que no estén constreñidos a vivir.

He ido a visitar a una obrera cigarrera. Vive en un rincón de una pieza donde se alojan diez personas. Para mí es un tormento permanecer allí diez o quince minutos; no hay aire respirable; la lámpara humea incesantemente; la atmósfera, pesada y húmeda, viscosa, por así decirlo, está impregnada de exhalaciones acres producidas por la suciedad de los chicos, por el tabaco y el tufo del petróleo.

Y de todos los rincones veo dirigirse hacia mí semblantes de niños con expresión extrañamente impasible, dientes careados, pechos descarnados; y no hay en sus grandes ojos ningún rastro de vivacidad y de alegría tan común y propio de la infancia.

Desde que soy médico he perdido la noción de lo que es propio de un ser humano.

¿Es propio del ser humano fatigado el querer dormir? No. La enfermera, la institutriz, el periodista, cuyo sistema nervioso está quebrantado y agotado, no pueden dormir sin el bromuro.

¿Es propio del que no come, desde hace tiempo, el deseo de comer? No. Como un glotón hastiado, está obligado a excitar artificialmente el apetito. Y eso es lo que le sucede a los obreros.

—Uno se mueve todo el día—me decía un obrero.—Las máquinas marchan, el piso vibra, se camina balanceándose como un péndulo. Después del trabajo se está más cansado que un perro y no se tienen ganas de comer. Se sienten deseos de beber y bebemos aguardientes. Pero ¿qué fuerzas dan? ¡Llenan el vientre y abren el apetito!

Desde algunos años soy médico de los tipógrafos de mi sección, y durante ese tiempo aun no he encontrado entre ellos un obrero viejo. La vejez no tiene tiempo para llegar, ni los cabellos en ponerse grises. Devorados por el polvo del plomo y del antinomio, esos obreros mueren muy temprano.

La vida se dedica a hacer experiencias sobre el ser humano y nos incita a estudiar los resultados obtenidos. Los examinamos y nos damos claramente cuenta de los efectos que produce el envenenamiento crónico por el plomo, mercurio y fósforo; conocemos la influencia que ejerce la falta de aire, de luz y de movimiento en el crecimiento de los niños; sabemos que de cien tejedores apenas nueve llegan a vivir más de cuarenta años; que de las mujeres tejedoras apenas un seis por ciento viven más de cuarenta años.

Sabemos que a consecuencia de la fatiga, la vida fisiológica se detiene, especialmente en las mujeres; que las costureras, en pocos años, se transforman en monstruos anémicos y débiles. Y sabemos muchas cosas más.

¿De qué vale la ayuda del médico en todas esas enfermedades? ¿Qué valor tienen esos remedios piadosos con los que se intenta reparar lo que la vida ha deformado tan estúpidamente?

¡Un hombre es crucificado, sus manos y pies están atravesados por clavos; viene el médico, lava las heridas con árnica y por encima le da lavajes aromáticos! Y no puede hacer más. ¡No puede existir una ciencia que enseñe el arte de curar las heridas dejando los clavos adentro!

La ciencia sólo es capaz de decir: ¡*Los hombres no pueden vivir de esta manera; es necesario ante todo, arrancar los clavos de las heridas!*

En 1820, Villermet descubrió que la mitad de los niños de las obreras tejedoras de Mulhouse morían antes de llegar a los quince meses. Aconsejó al fabricante Dolfus que permitiera a sus obreras permanecer en sus casas seis semanas después del parto, pagándoles lo mismo el salario. Esta medida fué suficiente para que la mortandad disminuyera en la mitad, sin que la medicina interviniera para nada con remedios.

Me parece de una evidencia irrefutable que la medicina no puede hacer otra cosa que indicar las condiciones en que deben hallarse los enfermos para que la salud y la curación sean posibles.

Doctor Veressaieff

La guerra de Marruecos

¿Qué pienso de la guerra de Marruecos? Pienso lo que de todas las guerras piensan los hombres libres de toda preocupación política, ajenos a todo interés egoísta. Sería preciso escribir o más bien reproducir los millares de páginas, ya tantas veces escritas, para enunciar los mil argumentos capaces de mostrar que toda guerra es salvaje y criminal. En todas se encuentra el mismo sofisma monstruoso: verdad aquí, error allí; y su [illegible] justicia en una parte, agresión e[illegible] versión oficial de los que pretend[illegible] a Francia, es que la agresión viene [illegible] ros, que cometen el error de querer co[illegible] siendo moros, y que de nuestra parte la justicia nos acompaña, pues tenemos el deber, por una operación de simple policía, de reducir y castigar a los rebeldes. Es un punto de vista; no es sin embargo el de los que, no obstante ser franceses, no están obligados profesional y tradicionalmente a encarnar a Francia.

Es incontestable para un hombre políticamente libre y simplemente sensato, que las responsabilidades primeras incumben a los que han cruzado el mar yéndose allá donde otros estaban establecidos antes que ellos. Pero ¿no es ingenuo hablar de justicia y de responsabilidades cuando aquel que tiene la fuerza y la justicia para él, a pesar o, más bien, con la Sociedad de las Naciones, puede alegremente soportar todas las responsabilidades? ¿No es de una suprema ironía hablar de honor de un país cuando se sabe que sólo los intereses de algunos están en juego y no los del Estado, es decir, los vuestros y los míos? Nuestro interés común es que la vida de nuestros hijos sea economizada y que no se vayan en humo tantas centenas y centenas de millones reclamadas por las obras de paz, de verdadera prosperidad y de justicia social que falta crear. Pero se ve bien ¿verdad?, por mi lenguaje, que no tengo el temperamento de un hombre de Estado, sobre todo de Estado moderno. Precisamente porque no tengo ni ese temperamento ni esas capacidades, ni esas obligaciones, es que me permito, como simple ciudadano, declarar odiosa la guerra de Marruecos tanto como todas las ctras.

A. Prenant

ANDRESILLO

I

«La Libertad», «El Pueblo», iba gritando
por calles y por plazas,
cuando el jardín se cubre de heliotropos,
de azules lirios y de rosas pálidas.
«La Libertad», «El Pueblo», repetía
sobre el fango y la escarcha
cuando tiemblan los árboles desnudos
y se encorvan las ramas.

Descalzo, el cuello al aire, mal prendido
el pantalón que a la rodilla alcanza;
sobre el cabello inculto, vieja boina
de dudoso color y rota malla;
trigueño, endeble, sin descanso y ágil,
por calles y por plazas,
a la lluvia y al viento,
sobre el fango y la escarcha
iba gritando con su voz ya ronca:
«La Igualdad», «La República», «La Patria».

II

Se llamaba Andresillo y contaría
diez primaveras a lo más; su infancia
fué una penumbra dolorosa y triste,
como aurora de un día de borrasca;
un pasaje del Dante; una tragedia
escondida en la bolsa de una larva.
Recogido del suelo de un suburbio,
hijo de la embriaguez y de la infamia,

UNION SINDICAL ARGENTINA

BOICOT

A LAS PUBLICACIONES DE LA EDITORIAL **ATLANTIDA: PARA TI, BILLIKEN Y ATLANTIDA.**

A LOS SURTIDORES DE NAFTA Y ALCOHOLES DE **GUILLERMO PADILLA.**

A LOS VINOS **PIEMONTESA, EL TUMBADOR, PISTOLA, VARACHIN, S. A. Y CIA.** Y **AGRELO,** DEL BODEGUERO MACEDONIO VARACHIN.

A LA CAL DE LAS CANTERAS DE **SAN LLORENTI,** EN SAN JOSÉ DE LA TINTA (BARKER).

A LOS PRODUCTOS DE LA CANTERA **LOMA NEGRA,** (OLAVARRÍA), DE A. FORTABAT y HNOS.

FREEDOM
127 Assailston. St, N.W.
LONDRES
(Inglaterra)

Acción Obrera

ÓRGANO OFICIAL DEL SINDICATO O. DE LA INDUSTRIA DEL MUEBLE

Redacción: Rioja 835 — BUENOS AIRES

creció entre golpes y denuestos, solo,
sin escuchar jamás esas palabras
que parecen el salmo de las cunas
y que las madres verdaderas cantan.
No le vieron jamás sus compañeros
en los alegres corros de la playa;
ni precedió a las tropas en revista,
al vivo son de la marcial charanga;
ni merodeó jamás en los frutales
que la ciudad circundan, ni su charla
hizo sonreir al viejo transeunte
que junto al grupo de chicuelos pasa.
Creció en un antro, conociendo el hambre;
junto a un hogar sin llamas,
y apenas supo andar, sus manecitas,
¡sus manecitas por el frío cárdenas!
ofrecieron temblando al pasajero
esas hojas inmensas en que vagan
en orden apiñado
las líneas negras y las líneas blancas.
Vendiese poco o mucho, eran los golpes
la recompensa diaria;
y fuerza fué agotar la mercancía;
gritar «El Porvenir», «La Democracia»,
«El Progreso», «La Idea», con voz ronca
bien estridente, alta,
para aplacar la furia del verdugo,
de la mujer salvaje y sin entrañas,
que adoptó porque sí, para hacer algo
al hijo del misterio y de la crápula.
Si el niño—¡Perdón, madre!—le decía
deshaciéndose en lágrimas,
aquella furia contestaba alzando
su diestra de giganta:
—¡Tu madre fué una horrible mujerzuela...!
No me llames así... Duérmete y calla—
En tanto un hombre, que paseaba ebrio
por la mísera estancia,
azuzaba a la bruja murmurando:
—¡Haces bien: que se duerma o que se vaya!

III

Una noche de invierno, triste y fría;
noche de lluvia sepulcral y opaca,
Andrés enfermo, pero alegre y ágil,
volviendo a su prisión cruza una plaza.
No es fácil que le peguen; ha vendido
cuanto quiso vender, y aun cuando se halla
con fiebre y muy cansado, sólo el frío
de la lluviosa noche le acobarda.

De pronto oye un sollozo; es una niña
huérfana como él; como él oleada
del fango, de la sombra y compañera
de oficio y correrías.—¿Qué te pasa?
¿Por qué lloras?—le dice, y sollozando
la pequeñuela exclama:
—¡Que no puedo vender todos los números
y me van a matar!—¡Mi pobre Paula!
¿También a ti te pegan,—¡Es por eso
que tengo miedo de volver a casa!
—¿Cuántos números tienes?—Andrés dijo:
—¡Ocho!—responde la pequeña. ¡Oh santa
compasión del insecto por el átomo!
Andresillo infeliz la frente baja,
compra los ocho números y sigue
el camino que lleva a su morada,
calculando los golpes que le esperan,
llena de angustia el alma.
Mientras que de rodillas en la noche,
sobre las nubes
la madre de la niña sin ventura
de gratitud y de dolor lloraba!

IV

Llegó Andrés a su cueva; vió en lo obscuro
el gastado jergón de húmeda paja,
y sobre tosca fuente, junto al fuego
el humo de las viandas.
—¡Si te queda algún número, a la calle!—
la mujer le gritó.—¡La noche es mala
y no pude vender!—con ronco esfuerzo
del niño balbucea la garganta
ya llena de sollozos.—¡A la calle!
¡A dormir en los bancos de la plaza!—
—¡Estoy enfermo y la ventisca sopla!—
—¡A la calle, repito!—Y la giganta
hecha una furia de cabellos rojos,
dejó al niño y la sombra cara a cara.
Lo que el niño y la noche se dijeron
es un misterio aun; tal vez el alma
enternecida de la pobre madre
sobre el niño tendió las leves alas.
Lo cierto es que al venir el nuevo día
los quinteros que entraban
en la ciudad, dirigiendo adormecidos
con mano floja, las carretas tardas,
le vieron con asombro
en el umbral obscuro de la casa,
lívido, inmóvil, azulado, muerto,
a la confusa claridad del alba!

CARLOS ROXLO.

LA MENTIRA

Ayer me propuse no mentir jamás.

Desperté muy temprano, con prisa para ir a mis negocios. En la calle tropecé con un amigo.

—¿Te molesto?

—Bastante.

—Eres muy fino.

—Soy muy sincero.

Y el amigo se alejó refunfuñando.

A los pocos instantes se me acercó un mendigo:

—Una limosna, por caridad.

Y yo le respondí claramente.

—No quiero. Podría decirle que no llevo suelto, sencillamente que soy tan pobre como usted. Pero sería mentir. Llevo dinero. Lo que ocurre es que no me da la gana de regalárselo.

El pordiosero se quedó estupefacto. Después le vi alzar su garrote. Y para no andar a palos con un perillán, tuve que huir.

Y al fin cátame dentro de mi oficina. Y cátame después ante un conflicto enorme.

—He resuelto en sentido favorable aquel informe de que hablamos. ¿Qué le parece a usted?

La pregunta no puede ser más terminante. ¿Y es mi jefe quien exige respuesta? Y la verdad, yo tengo un pobre concepto inconfesado de mi jefe. Y como he decidido no mentir, exclamo:

—Me parece muy mal. Conozco el asunto. Yo hubiera resuelto en contra.

El jefe se quita las gafas, consternado.

—Pero ¿qué dice usted? ¿Se ha vuelto loco? ¡Atreverse a decirme...! Es usted un insolente, por no calificarle peor.

Me retiro. En el despacho sostengo con mis colegas varios altercados y me capto bruscas antipatías.

Hay en mi negociado una especie de zote popular que dice chistes. Y, naturalmente, ha perpetrado uno, y como es lógico me abstuve de reir. Alguien, asombrado, inquirió:

—Te has quedado serio... No te hizo reir la frasecita.

—Exagerando mi sinceridad, lloraría. El cretinismo tiene la virtud de hacerme indiferente.

Hay en mi negociado un petimetre. Y el currutaco ha venido esta mañana estrenando corbata y chaleco. Se le dirigen loas. Yo estoy silencioso. Y alguien se aventura a solicitar mi opinión:

—Me parece un mico disfrazado.

Hay en mi negociado un seductor. Está contando una gran hazaña que huele, como todas las suyas, a embeleco. Los demás, por no contrariarle, fingen credulidad. Y yo, fríamente, en uso de mi perfecto derecho, movido por un sabio y ejemplar estímulo de justicia, exclamo interrumpiéndole:

—Todo eso que cuenta usted es un sainete ridículo. Usted no se ha conquistado ni a su portera.

Y no será preciso demostrar cómo aquella oficina donde tan buenos amigos tuve, se trocó en cueva de adversarios.

Salgo, vuelvo a mi casa y almuerzo. La patrona, mujer amable y comunicativa, se me acerca sonriendo, y me pregunta como siempre:

—¿Le ha gustado a usted la comida?

—Me ha parecido detestable. Nunca me atreví a decírselo, pero es la verdad. Sencillamente detestable.

—Pues largo de mi casa cuando quiera. ¡Habrá grosero!

Por no reñir con patronas, criadas y demás furias, salgo a la calle.

En el tranvía me pisa un ciudadano. Antes, cuando era un redomado embustero, contestaría a su «perdone usted» con un «de nada». Pero como soy un hombre franco, replico:

—Podía usted mirar donde pisa. No tiene usted ojos en la cara.

Y entonces el ciudadano se incomoda y me dice una docena de barbaridades.

Entro en una librería. Un autor amigo mío se me acerca y me hace una pregunta insolente:

—¿Qué le ha parecido a usted mi última novela?

—Qué sé yo... Es una imbecilidad, ¿sabe usted? Una imbecilidad inofensiva. Cosas peores se hacen. Por ejemplo, las de su señor padre...

Y el autor se ha puesto muy serio y ha exclamado con indignación sincera:

—Tenga usted por anunciados mis padrinos. El duelo, a muerte. ¡A pistola!

Voy a un café y me dispongo a escribir dos cartas para sendos amigos que habrán de apadrinarme. El camarero me pregunta solícito:

—¿Café?

—Dirá usted achicoria...

Me traen veneno y recado de escribir. Pero al ir a trazar mi primera carta, me detengo perplejo. ¿Consentirá mi sinceridad una carta de fórmula, embustera como todas, llena de hipocresía? Y escribo: «Señor ajeno de alguna consideración y respeto: Entiende usted poca cosa de estas cuestiones. Pero como no tengo a nadie mejor de quien echar mano, le ruego me dé la satisfacción de figurar como padrino mío en un lance que...» Y sigo de tal guisa. Por fin acabo así: «Agradézcame usted este nombramiento, porque así verá su nombre en los periódicos. Roza su mano su conocido, que no le besa nada...»

Llego a casa de mi novia:

—¿Me quieres?

—Un poco.

—¿Un poco nada más?

—Nada más. Tienes algunos defectos incorregibles.

Mi acento es llano, confidencial. Pero la niña, que tiene de la sinceridad un concepto arbitrario, échase a llorar convulsiva. Su madre acude rencorosa y trágica.

—¿Qué ocurre?

—Que su hija de usted es una histérica.

—¿Una histérica? Y usted un mamarracho.

—Y usted un adefesio, señora. Sépalo de una vez.

Voy al teatro. Como la obra me parece muy mala, pateo, acabo en la comisaría.

Y por la noche, cuando al fin me dan suelta y puedo llegar a mi casa, me recojo a meditar, y exclamo convencido:

—Es preciso mentir. Acaso la existencia no sea otra cosa sino una humilde y piadosa mentira.

LUIS ANTÓN DEL OLMET



Cuando Eva hilaba y Adán labraba ¿quién era el patrón?

(Dibujo de Walter Crane)

Pérez Millán, benemérito

Es de imaginarse el efecto producido por la muerte de Pérez Millán en el ánimo de los jueces que intervinieron en el proceso que se le siguió como asesino de Kurt Wilkens, en el de los individuos de la Liga patriótica a la cual pertenecía por vínculos más sólidos que los de la simple afiliación, y en el de todos aquellos que juzgaron con benevolencia la muerte de Wilkens apoyados en el pensamiento de que no era dable esperar otra cosa de un guardiacárcel de singular sensibilidad, ligado al coronel Varela por lazos de parentesco, amistad, etcétera.

Por no mandarlo a presidio, como se manda a otros homicidas igualmente sensibles, ligados también a personas por lazos de amistad y parentesco, pero que no tienen a su favor ningún hecho de sangre en beneficio de una causa capitalista, Pérez Millán fué recluído en el Hospicio de las Mercedes a espera del momento—muy próximo quizá—en que la «sensibilidad» que lo condujo al delito, atenuada ya, provocase el indulto que lo devolviese a la libertad. Pero hete aquí que la actitud de otro hombre sensible malogra el proceso curativo de Pérez Millán al causarle la muerte. El estupor y la indignación fueron enormes en una clase social. En la otra el hecho produjo el estado de ánimo que es de suponer en quien expresa sus simpatías a Wilkens con una huelga general en el momento de su muerte.

* * *

El entierro de Pérez Millàn no pertenece al género de los comunes. El cortejo fúnebre que acompañó sus restos al cementerio de la Recoleta, era el correspondiente a un benemérito de la patria. Figuraban en él militares de alta graduación y otros personajes de representación social. Los cándidos que lo presenciaron estuvieron muy lejos de sospechar que se trataba del cortejo fúnebre de un «sensible» asesino. El jefe de la Liga patriótica lo despidió con un discurso, y tanto él como los circunstantes, posiblemente, lamentaron la carencia de un panteón nacional de próceres, digno de albergar tan gloriosos restos. El entierro fué una nota de sentimentalidad y de reparación. De ese modo quisieron los protectores de Pérez Millán purgar la imprevisión que costó la vida al protegido, y a nuestro juicio lo consiguieron. ¡Su conciencia puede estar tranquila! Es posible que el mismo fasto del funeral tranquilice también la conciencia de Lucich—si es que en algún momento lo mortifica el remordimiento del homicidio—y le haga exclamar, parodiando al personaje de Zorrilla ante las tumbas de sus víctimas:

Si buena vida te quité,
mejor entierro te di.

Un deber a cumplir

Los delegados deben preocuparse de fiscalizar los carnets de los socios a fin de que los compañeros que no han satisfecho las cuotas solidarias de las huelgas marítima y de jubilaciones, lo hagan antes de tomar el nuevo carnet.